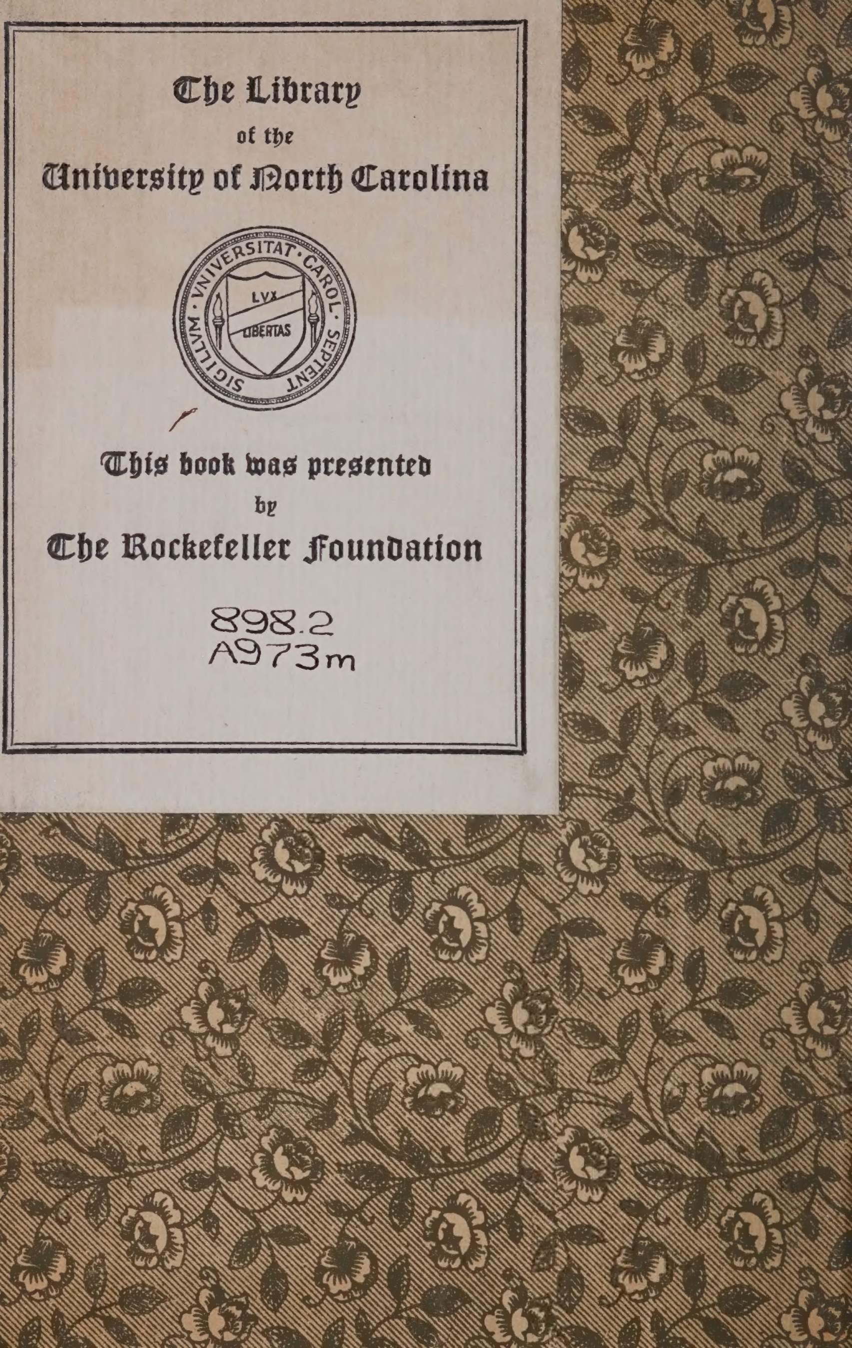
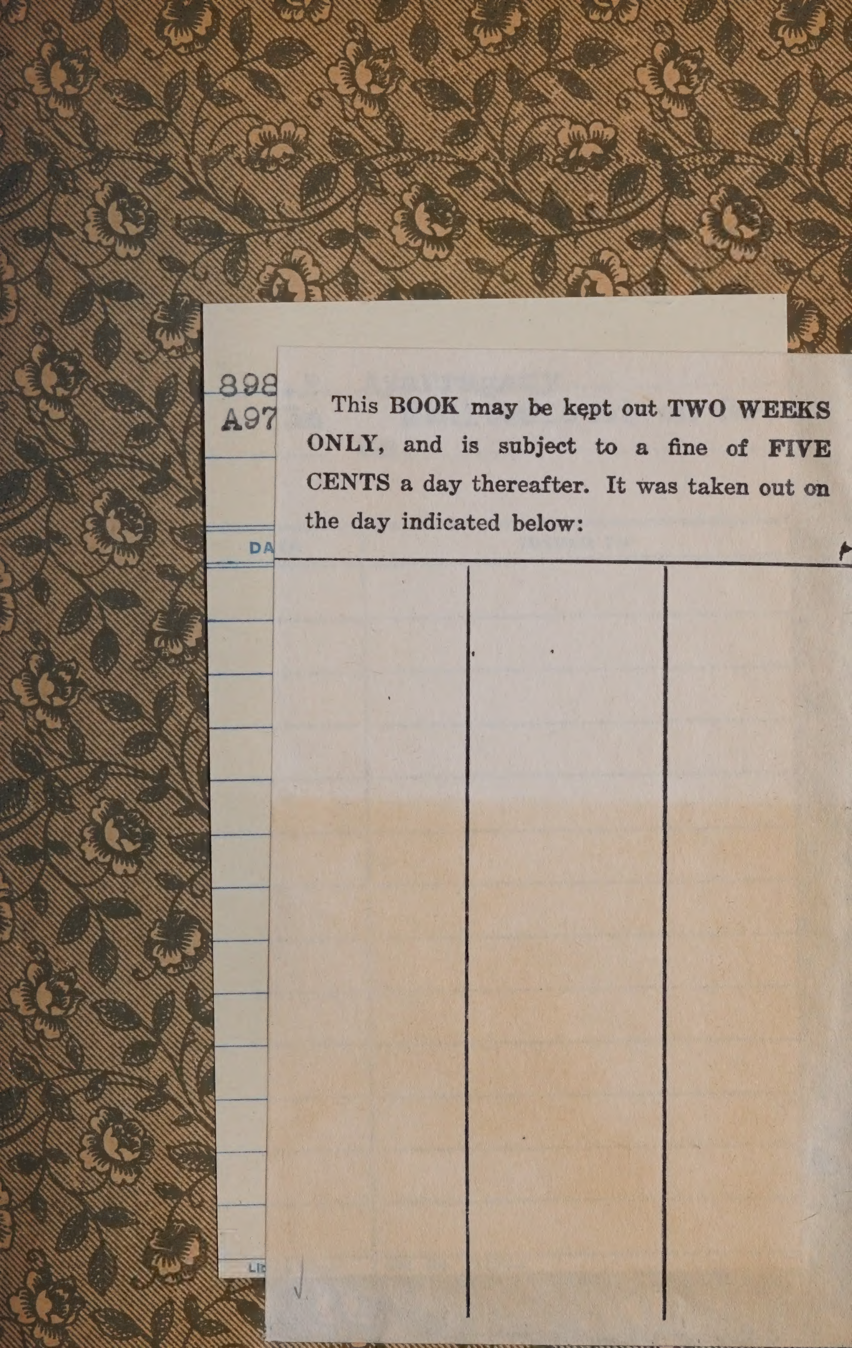




The Library
of the
University of North Carolina
SIGILLVM · VNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT
LVX
LIBERTAS
This book was presented
by
The Rockefeller Foundation
898.2
A973m



LUCAS AYARRAGARAY

MEDITACIONES

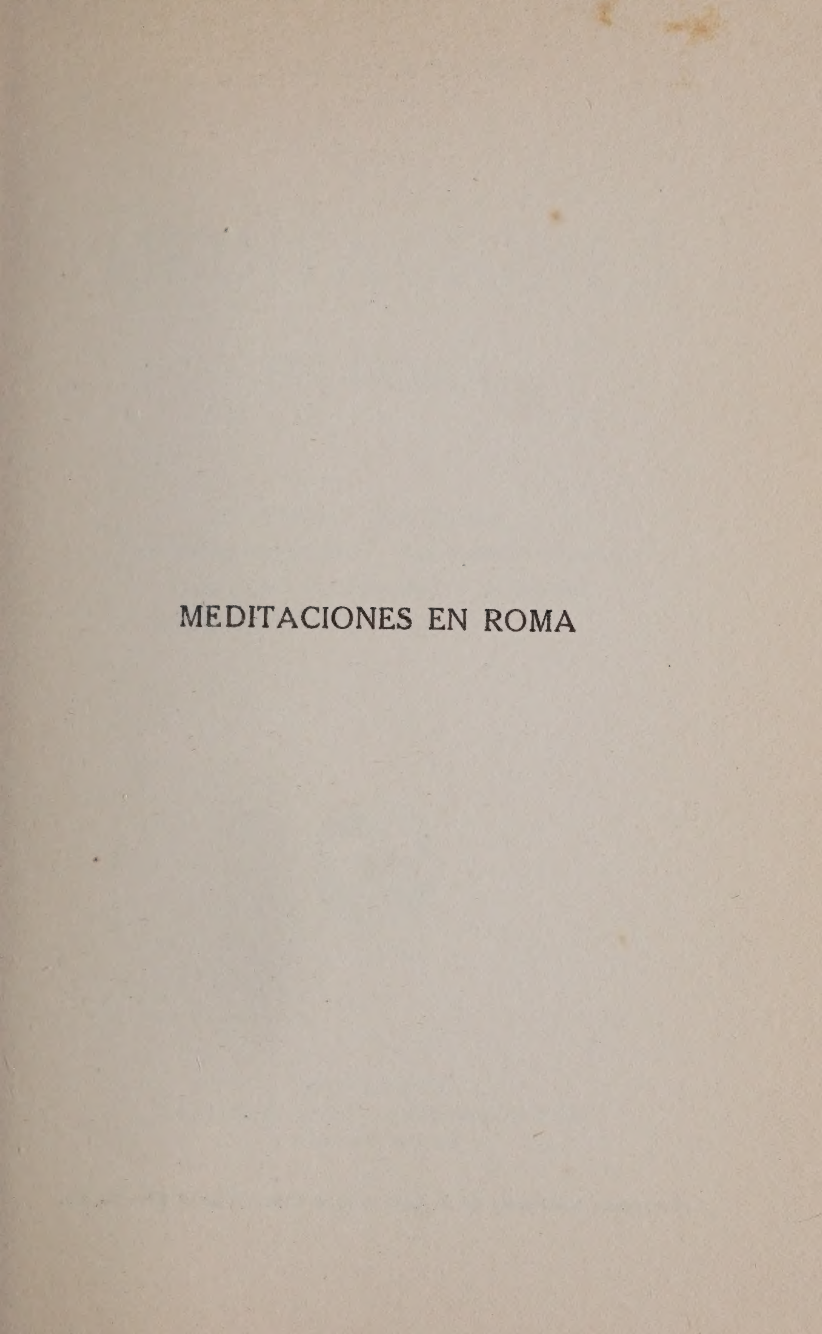
EN ROMA

Coliseo - Las Ruinas
Las Iglesias primitivas - Las Iglesias modernas
y el arte - Alrededores - La Judería
Etc. - Etc.



BUENOS AIRES
J. LAJOUANE & Cía. — LIBREROS-EDITORES
Calle Bolivar, 270

1923



MEDITACIONES EN ROMA

«Imprenta Nacional» de J. Lajouane & Cía., Bolívar 270—Bs. As.

LUCAS AYARRAGARAY

MEDITACIONES

EN ROMA

Coliseo - Las Ruinas
Las Iglesias primitivas - Las Iglesias modernas
y el arte - Alrededores - La Judería
Etc. - Etc.



BUENOS AIRES
J. LAJOUANE & Cía. — LIBREROS-EDITORES
Calle Bolivar, 270

1923

OBRAS DEL AUTOR

Pasiones. Estudios Médico-Sociales.—(Casa Peuser, edit. 1893).

La Anarquía Argentina y el Caudillismo. Estudio psicológico de los Orígenes Nacionales. — (Lajouane, edit., 1904). *Agotado.*

Estudios Históricos y Políticos.— (Lajouane, edit., 1907). *Agotado.*

La Constitución Étnica Argentina y sus problemas. (Lajouane, edit., 1910). *Agotado.*

Socialismo argentino y Legislación obrera. (Lajouane, edit., 1912). *Agotado.*

La Iglesia en América y la Dominación Española. — Estudio de la época colonial. (Lajouane, edit., 1920).

La Inmigración y el Maximalismo. Conferencia leída en la Facultad de Ciencias Económicas el día 10 de Septiembre 1920. (Lajouane, edit., 1920).

Puñado de Verdades. (Publicado con el seudónimo de Luis de Arrebálzaga). (Lajouane, edit., 1921).

PRÓLOGO

Los estudios fragmentarios precipitadamente escritos en Roma y estampados en este volumen con el título de «Meditaciones», apenas fueron corregidos y pulidos, afanado por conservar en ellos la espontaneidad, el ardimiento, la impresión personal y la melancolía lírica con que manaron del entendimiento y del corazón.

La contemplación del mustio panorama de las ruinas romanas simultáneamente evoca con las leyes y acontecimientos históricos que a él se liga, la fragilidad de la civilización en el pasado y la incertidumbre de sus destinos en el porvenir.

Sin duda faltó pujanza a la inteligencia y alas a la imaginación, para elevarme hasta aquellas regiones donde señorea la filosofía y resplandece la poesía.

Muchos apuntes y comentarios redactados en los mismos sitios que los inspiraron, fueron en legajo

destinados a la lumbre y reducidos en uno de los tantos puñados de ceniza, en que se trocan a menudo en nuestra áspera tierra de trabajo y de rudo afán, las empresas y cosas del espíritu. Hubiera sido menester para aderezar aquellos y correlacionarlos con los incompletos estudios en las subsiguientes páginas insertados, infundir al conjunto un pensamiento filosófico central y emoción artística, dignos de las hondas meditaciones que Roma promovió siempre en las almas superiores, y aún así hubiera sido exótivo y displicente el tema para el vulgo de los lectores, excepción hecha quizás de la minoría constituyente del cenáculo de letrados argentinos.

Las más misteriosas y por tanto más ténues actividades intelectuales, viven ordinariamente en la luz crepuscular del alma: ideas flotantes, crisálidas de pensamientos, emociones recónditas, visiones trémulas, flores todas nacidas en secreto vergel y que exhalan perfumes y se atavían de colores, mientras no se las expone a las frías temperaturas del mundo. En el follaje de esas ramificaciones íntimas del espíritu, anidan aves místicas y revuelan quimeras que nunca alcanzarán formas corpóreas ni

voz. En la balanza del destino pesa exclusivamente la vida interior, y ésta resarce a la otra de su trágica miseria.

¡Loada sea la potestad desconocida que infundió en mi ser el amor de lo bello y de lo grande — contrapeso de la vulgaridad — y antes del sueño eterno, permitióme gustar el sublime embeleso de meditar, soñar, sentir y sufrir, vale decir vida plena, bajo el cielo clarísimo y entre las augustas ruinas de Roma!

COLISEO

Para combatir el tedio de la vida y hacer transmontar al espíritu las ideas y sentimientos vulgares que de continuo le circundan y sofocan, no hay ciudad que como Roma conmueva tan dramáticamente el alma humana. ¿No dijo acaso Chateaubriand que ella era para olvidar todo, para despreciar todo y para morir?

Uno de mis paseos habituales es el Coliseo cuando el sol desciende, porque ningún monumento suscita una sensación más completa de la vida y de la potencia imperial, y porque ninguno de los que el hombre erigió sobre la tierra simboliza mejor la subversión de conciencia y de instintos cuando impera el orgullo desenfrenado y la omnipotencia en una sociedad de civilización compleja y refinada, materialista y ansiosa. Los magnates de la época acudían a los filósofos que eran médicos de almas, solicitando remedios y consuelos contra los hastíos del vivir. De ese conjunto de aberraciones emergió el delirio cesáreo de la absoluta prepotencia, y fué este anfiteatro una de sus magníficas ex-

presiones; la lucha de gladiadores extendió su lepra hasta en los villorrios del Imperio y tales espectáculos convirtiéronse en institución y en instrumento de gobierno. A la sazón Marcial ebrio de entusiasmo, proclamaba que todas las estupendas construcciones antiguas de Babilonia o Memphis, quedaban eclipsadas por el anfiteatro de César.

Su grandeza anodada todavía y el terror y la duda se apoderan del espíritu evocando las tragedias que dentro de sus muros se desarrollaron; pujante esfuerzo de imaginación es menester para concebirlas. ¡Tan enorme es la distancia moral que separa el alma moderna del alma antigua! ¡Cuánto ha cambiado el hombre en veinte siglos de civilización cristiana, nacida precisamente de semejantes abusos y omnipotencia! Sin duda la reforma exageró las virtudes antagónicas de los vicios contra los cuales se revelaba; a la disolución de las costumbres opuso la castidad monástica, a la crueldad patricia el perdón plebeyo hasta la humillación de ofrecer la otra mejilla a la bofetada enemiga!...

A cada hora del día la mole del Coliseo, enhiesta como una montaña y con las perspectivas de un panorama de la naturaleza, sugiere a la conciencia dramas diversos. Al ponerse el sol entre arreboles destácanse sus gigantescas aristas, pasan rayos de oro y de púrpura por sus ventanales, mien-

tras se esfuman en el firmamento las cornisas y columnas, tomando realce de bajo relieve las arrugas y dentelladas seculares que hicieron sobre su faz de titán los siglos y los hombres.

Cuando se desciende por las callejuelas estrechas del antiguo e infame barrio de Suburra, va enalteciéndose el coloso y se presiente su proximidad a manera de evocación primero y contemplado luego frente a frente, semeja una alucinación en piedra o una pesadilla de arquitectura. Y mientras tanto ligeras brisas de los montes de la Sabina balancean cual harapos de cíclopes, las plantas parásitas arraigadas en sus muros.

De todas las ruinas de Roma es la del Coliseo de la cual tengo más honda comprensión, porque encarna una fase singular de la civilización pagana y un peregrino concepto del poder y del deleite; nos sorprende a nosotros hombres disciplinados por códigos de moral y hábitos burgueses que secularmente vienen comprimiendo los instintos y la personalidad para suscitar sentimientos humanitarios y de igualdad. Es imposible patentizar con nuestro criterio moderno lo que tuvieron de extravagantes y monstruosas las luchas de gladiadores. Ascetismos y austeridades cristianas desarticularon aquellos impulsos animales y así trocaron los nuevos cánones en mezquinos nuestros espectáculos e

hipócritas nuestros placeres. ¿Quién sería capaz de imaginar hoy las orgías de un rey asirio, de Heliogábalo joven o de Tiberio viejo, en Capri?

De los espectáculos públicos que nutrieron los instintos espontáneos del hombre antiguo no desligado aún completamente del «gorila lúbrico y feroz», quédannos como pálido remedo los toros en la madre España, diversión que con el Carnaval degenerado, son los postreros residuos de una humanidad de imaginación pintoresca y de apetitos desbordantes.

A pesar de las sangrientas bacanales que tuvieron por escena el Coliseo, pocas veces fué más fuerte el hombre, más monumental el arte de las construcciones públicas, más expansiva y civilizadora una raza, más estupendo el orgullo de un pueblo, que cuando surgió el circo máximo y Roma, vencedera de la humanidad la convocaba a estas arenas, para sazonar sus ocios y poder saborear la sensación confusa de su poder sin contrapeso.

Hay una justicia inmanente que no permite violar las leyes morales de la historia. El hombre no está organizado psicológicamente para el ejercicio de una potencia ilimitada: ésta, cuando ello acontece, impúlsale al orgullo, el orgullo a la violencia y la violencia a la catástrofe. La lucha de gladiadores dilaceró la conciencia individual y pública,

y al corromper, anonadó la constitución y el poder romano llegando al delirio de la soberbia de casta y de autocracia militar. Los grandes magnates tenían su cuna al lado de la cuna de los dioses, y la prosapia de César arrancaba directamente de Venus.

Es verdad que los filósofos griegos, y después, desde Cicerón a Marco Aurelio, se sustentaron de ideas de alto humanismo y de moral pura: pero la doctrina no ultrapasaba a menudo las esferas de la especulación.

Estudiando la historia del espíritu humano se comprueba constantemente que de un simple germen originario, deriva complejo florecimiento de sistema de ideas e instituciones. Del prístino movimiento místico del cristianismo, circunscripto a un pequeño decálogo verbal de máximas morales y parábolas ingenuas capaces de remover a los simples de alma y de corazón, manadas de lo que tiene de divino el espíritu, sin teología, ritual, sistema filosófico, exégesis, dialéctica, se desarrolla luego por movimiento de lógica espontánea y secular sedimentación y por la promiscuidad de la secta galilea en los primeros siglos con el oriente griego y el occidente romano, una religión universal, una filosofía, un arte, un estado político, una concepción nueva del mundo y del destino humano. Todo ello

tuvo por origen un idilio místico en obscuro rincón del mundo donde imperó fugazmente el «reino de Dios.» Si alguna vez se abrazó el cielo con la tierra fué en los albores de la edad evangélica. Antes había acontecido que del seno de los confusos cultos primitivos por evolución milenaria, también emanó una civilización espiritual y material, rematando en el paganismo degenerado, cuya expresión final y trágica es el anfiteatro de gladiadores, y por excelencia el Coliseo. Hacia él convergieron la totalidad casi de las energías de Roma y de parte del Imperio.

Fué tal la pasión por esos espectáculos, que una vez gustado tan acre deleite era desabrida toda otra sensualidad. En una página de sus «Confesiones» háblanos San Agustín de lo que aconteció a su amigo Alypius, quien le precedió en Roma adonde acudido había a estudiar el derecho. Tenía como San Agustín aversión profunda por los combates del circo, pero cediendo a instancias de amigos dejóse un día conducir al Coliseo. Habíales empero manifestado que forzaban su cuerpo pero no su alma. Y entre la multitud delirante permanecía con sus ojos cerrados; pero he ahí que de pronto sintióse de tal manera conmovido y subyugado por una alarida de entusiasmo, lanzada por los espectadores ante las incidencias de la contienda de los

adalides, que vencido por la curiosidad esplayó la mirada en las escenas del combate y en las ensangrentadas arenas del circo. «Desde que vió la sangre bebió la crueldad con sus ojos y no se distrajo ya, sino que por el contrario los fijaba en aquel espectáculo y absorto se deleitaba en la atrocidad.» Formó parte desde entonces de la multitud enfurecida, y se agitaba y aplaudía embriagado por la sensualidad de la sangre. Semejante sadismo subyugaba tan potentemente los frecuentadores, que en aquel siniestro espectáculo se condensaban todas sus concupiscencias.

De seguro que habría campos de concentración para los gladiadores, donde se les cebaba y enardecía como se estila en España con los toros de Veraguas, y, por supuesto escuelas de lucha para esa tauromaquia humana que era abastecida por los robustos mancebos de Germania, Galia y Cantabria. A su vez tambin existirían entre la aristocracia y el populacho, aficionados de notoria autoridad capaces de apreciar una gallarda embestida, una diestra actitud de defensa, una resistencia tenaz, una acometida o cuchillada fulmínea, un estoico estertor, un bello gesto de muerte y después, un recio o mórbido cadáver yacente. El artista desconocido que fijó en mármol con inspiración genial el gladiador moribundo del Museo del Capitolio en

Roma, debió antes de cincelarle, deleitádose en las agonías del anfiteatro.

El gladiador victorioso en varias lides debió gozar de la amistad de los grandes y del culto popular, siendo orgullo y agasajo en los pórticos y en las termas.

El Coliseo simboliza pues, el delirio de la omnipotencia. Es el índice dramático del extravío de un pueblo imbuído por el sentimiento extravagante de su superioridad sobre las otras razas y naciones. Los monstruos que pasaron en Roma por el poder, solamente se explican aquí, al pie de estos muros ciclópeos y delante de este cadáver petrificado del Imperio.

La historia general de la humanidad es en su esencia un constante testimonio de ferocidad y de locura, pero antes del advenimiento de la potencia romana a ningún pueblo habíasele ocurrido la peregrina idea de destinar para luchas de hombre a hombre y de éste con fieras adiestradas, espectáculos oficialmente organizados, presididos por el emperador, las vestales, los senadores, la aristocracia y la plebe. Las pandillas de gladiadores procedían de los prisioneros y habitantes de los pueblos sojuzgados. Los reyes asirios se complacieron enumerando en las inscripciones de sus monumentos, como lo harían los chacales si hablaran o escri-

bieran, el número de prisioneros sacrificados, de poblaciones anonadas o esclavizadas; fué menester que las leyes y costumbres milenarias y universales consideraran la esclavitud como institución natural, reforzadas aquéllas por una autocracia militar y en contínuo embate de conquistas victoriosas, para que se entronizaran los monstruosos deleites de las luchas del Circo, y el Coliseo fuera en consecuencia el monumento más romano en su significación histórica, y el que más oprime la conciencia y más asombra por su siniestra grandeza.

Es natural que la tragedia teatral en Roma, la cual tuvo en Grecia su edad áurea, fuera espectáculo secundario. ¿Qué podía significar como elemento dramático y de emoción, una helada parodia de pasiones y de crímenes en el mundo de la ficción, cuando podíase asistir al gran drama de un circo de gladiadores?...

Los griegos dieron a la arquitectura la proporción y la armonía en la sobriedad y en el movimiento apacible de sus líneas, pero no tuvieron la inspiración del inmenso monumento público; fueron los romanos quienes consumaron el concepto de lo grandioso, con la bóveda en la basílica de Constantino, y los pórticos externos, las columnas de los cuatro pisos del Coliseo, en órdenes superpues-

tos, dóricos, jónicos, corintios, para rematar en las columnatas del piso superior, sobre cuyo friso se agarraban los mástiles sustentadores del velórium.

Quien carezca de sensibilidad para evocar el pasado, nunca encontrará en este hosco esqueleto de una edad y de un estado de conciencia para siempre desaparecido, la significación moral y entonación trágica y tampoco podrá descifrar en la página de semejante ruina, todo el cúmulo de miserias y lamentos humanos.

Mientras tanto asoma la luna sobre las altas cornisas del anfiteatro derramando su luz helada, con la misma impasibilidad que alumbró hace dos mil años estas arenas embebidas de sangre. Su resplandor realza la eterna melancolía de esta ruina y su inmensa penumbra cubre mi fantasma oscilante. Palpita en el ambiente el alma de las cosas que fueron y vagando entre trozos de pedestales, columnas tumbadas, frisos y arquitrabes, sube como un efluvio de las ruinas morales de que está lleno mi espíritu y desbordante mi corazón, un doliente sollozo. Cae entonces sobre el alma densa melancolía y vuelvo la mirada para contemplar el pedregoso camino por el cual vagó la sombra de mi vida. ¿Pero qué significan aquí nuestros miserables dolores, nuestras obscuras decepciones, nuestros esfuerzos fracasados, nuestras

esperanzas destruídas y la inutilidad final de todo esfuerzo? Recogido sobre mí mismo escucho mi cuita interior, el rumor de mi espíritu, y en medio de este silencio secular, hondo y místico, siento la ansiedad y el deseo de morir...!

Del exceso de corrupción de costumbres y de la sensualidad romana que en este anfiteatro tuvieron su más pagana expresión, surgió la reacción cristiana extraviada o excesiva como todas las reacciones, presumiendo un pecado en cada placer, una tentación en cada sentido, una transgresión en cada alegría, una suspicacia en la espontaneidad del vivir, para extender su sospecha a la urbanidad, al arte, a las termas, a la literatura y a la filosofía, cayendo bajo el mismo anatema el vicio pagano y la cultura pagana, hasta que restablecido el equilibrio, encuentra otra vez la Iglesia entre los escombros del saber y de la tradición espiritual greco-romana, la antorcha de la civilización.

Dentro de estos muros fué precisamente donde tuvo el cristianismo naciente su bautismo de sangre. El dolor y el sacrificio es necesario para consagrar toda nueva forma de creencia y de ideal. Solamente las revoluciones sin trascendencia en los destinos de la humanidad, nacen sin dolor y cre-

cen en el sosiego. Por ello el Coliseo está en occidente identificado a los progresos del cristianismo.

Grande fué la ceguera de Tácito cuando apenas aplacadas en este circo las persecuciones de Domiciano, tildaba al nuevo culto de superstición judía...

LAS RUINAS

Quien carezca de alma profunda y de temperamento lírico predispuestos a la pasión romántica de las ruinas, símbolos de grandezas y esfuerzos fracasados, que no venga a Roma.

El triste solaz de la meditación en los destinos de la humanidad y en el significado trascendental de la existencia, impónese aquí desde luego al espíritu, y al columbrar trágicos panoramas se vive con otra alma y corazón que en Londres y París o Chicago y Buenos Aires. Las inquietudes de la ambición y del pensamiento moderno se aquietan, y todas las cosas pasadas modulan vaticinios sobre la fragilidad del afán y de la omnipotencia.

Los escombros hacinados en foros, templos, basílicas, termas, pórticos y mausoleos, son los rastros misérrimos que tras de sí dejaron los esplendores secualres de la prepotencia mundial de una raza. ¡Cuánto delirio de poder, hundido en ceniza y en mudez! Al columbrar esta desolación la pesadumbre agobia el alma; toda gran emoción es penosa quizás por el convencimiento íntimo de la

impotencia humana para realizar aquí abajo ni siquiera sueños fugitivos. Nuestras obras y nosotros mismos giramos en el ciclo común del anonadamiento universal. La faz de la tierra y de la historia están cubiertas de ruinas materiales y morales.

Y sin embargo Roma era para Virgilio la ciudad inmortal e invencible: «¡tu regere imperio populus, romane, memento!» En los embates del tiempo su cetro se quebró para sobrevivir la ciudad doliente.

¿Cuál civilización alcanzó un desenvolvimiento integral? Quizá Grecia fué el pueblo que realizó más ampliamente el milagro, poniendo la cúpula del pensamiento filosófico en el templo del espíritu, pero falló el grandioso esfuerzo en su política precaria. En cambio el poderío de Roma republicana adulteróse en el Imperio y éste a su vez en la barbarie y en el marasmo de la Edad Media. Solamente la obra jurista tuvo pleno florecimiento. A pesar de proseguir la empresa de la dominación universal por el ascendiente espiritual del dogma, el Papado se desarticuló primero entre Roma y Bizancio, después en la Reforma, luego en el escepticismo irónico del siglo XVIII y por último en la revolución social contemporánea, recién iniciada.

Por eso mismo entre todas, esta eterna ciudad es la más compleja; superpuestos están en ella los arcaicos sedimentos de la época de los reyes, de la República, del Imperio, de la papal y medioeval y aun del Renacimiento. Admirando estas sucesivas transformaciones en los abatidos monumentos, piérdese «toda facultad, menos la del sentir», y envuelto entonces el pensamiento vacila en una vorágine de meditaciones.

De la pujanza de la ciudad augusta y de las obras que para perpetuar su grandeza se erigieron ¿qué subsiste? Mustios residuos hollados por multitudes indiferentes y cosmopolitas. Eterna lección demostrativa que las civilizaciones fueron y serán quebradizos afanes aun consideradas en sus múltiples formas: nómadas, teocráticas, monárquicas, burguesas o democrático-socialistas! Todas han sido o serán pasto del tiempo y escarnio de la historia, en sus dioses, arte, filosofía, ciencia y política.

El hombre se anonada meditando en las ironías del destino que impulsa eternamente la barbarie sobre los oasis de la civilización. Ella merodeó por siglos en las fronteras de esta ciudad imperial, sin ser vallas suficientes para preservarla ni su esplendorosa cultura, ni los bastiones y murallas con que en su decadencia la circundaron Aureliano y Belisario y subsistentes aún cubiertas de espinos.

y arraigando el jaramago entre sus grietas. Jamás empero, la prepotencia política y material había cundido hasta fronteras tan remotas.

¿Quién hubiera persuadido a Trajano y Marco Aurelio que la civilización romana, la religión romana, el sistema político y social romano, serían en día próximo subvertidos, más que por los bárbaros que al fin eran fuerzas activas y visibles, por la prédica y acción sutil de una humilde secta de Oriente, propaladora de dogmas e ideas ingenuas, parangonados con sus vastos sistemas filosóficos? El nombre del fundador jamás llegó hasta el Palatino y menos aún el de dos de sus primeros discípulos, Pedro y Pablo, obscuros judíos, extraños a la política del mundo, pescador lugareño el uno, hilandero errabundo el otro, y que no obstante en el curso del tiempo pesarían más en los destinos morales de la humanidad, que aquellos magnates, a la sazón señores del mundo.

Ningún espectáculo me produce en Roma mayor estupor que las columnas de Trajano y Marco Aurelio, que para más excelsa gloria de ambos emperadores se erigieron coronadas con sus estatuas de bronce y oro, suplantadas corriendo los siglos, por las de San Pedro y San Pablo. Estos trabajaron en orden superior de aspiraciones y esperanzas en las íntimas profundidades de las capas sociales

y del alma humana, allá donde a menudo germinan las fuerzas místicas que elaboran como el coral y cuyas arborescentes concreciones, formadas en el abismo del mar, suelen andando el tiempo servir de granítica base a un Continente. ¡Con frecuencia es la historia terrible trama de paradojas!

Lo que implicaba en la opinión popular y más aún en los conservadores tradicionalistas el nuevo culto, lo expresó entonces el grafito esbozado sin duda por un centurión, en uno de los muros del departamento de la guardia pretoriana, en el palacio del emperador Septimio Severo. En son de burla dibujóse a Cristo crucificado con cabeza de asno y al pie, un joven contemplándolo con arrobamientos. Y escrito un lema con punzón, en letras griegas: «Alexamene adora su Dios».

¡Qué consuelo para la obscuridad y la miseria! En el curso del tiempo y del espíritu humano todo es igualemnte estéril: el esfuerzo de un mendigo y el esfuerzo de un emperador. ¿Para qué sirvió a aquellas generaciones el poder omnímodo, la filosofía racionalista de Cicerón y de Séneca, de Lucrecio o Marco Aurelio, si la acción de dos apóstoles iletrados alcanzaría más trascendencia en la historia que la de aquellas mentes, penetradas por la más alta cultura de su tiempo? ¡Bien aventu-

rados los pobres de espíritu y los simples de corazón!

Así también a Marco Aurelio a pesar de su sabiduría y su potencia, le cayó en el hogar el baldón de Faustina y en la paternidad la infamia de Commodo.

No desdeñemos por tanto la humildad y amparemos con tolerancia lo que consideramos hoy un error, porque no poseemos para juzgarle sino criterios relativos y opiniones fugaces sobre el problema final de las cosas.

Hasta ahora todas las razas elevaron la mística y frágil pirámide de una religión, pretendiendo vislumbrar el misterio desde su cima para entrar luego en diálogos confusos con la eternidad.

Mientras subsiste el candor de la creencia el dios protege la ciudad, levanta y abate naciones, otorga recompensas y castigos y pone la esperanza en todas nuestras miserias; pero apenas se produce un cambio fundamental en las concepciones del ideal y de la conciencia religiosa, se apercibe aún el adolescente que fueron ídolos las deidades adoradas por César y por Augusto. Al hombre espectador fugitivo de lo eterno, animado de débiles facultades y extraviado por sentidos rudimentarios que solamente le trassmiten imágenes o mirajes aproximados de las cosas, le está vedado levantar

el velo que oculta la causa primera y el problema del destino...

Testimonio son del épico fracaso de la civilización y omnipotencia romana todas las ruinas de los monumentos que en mármol, piedra, pórfido o bronce se erigió asimismo el orgullo, y los arcos de triunfo que en la vía Sacra levantó el vencedor de pueblos y las inscripciones esculpidas en templos y basílicas al «divo» Tito y al «divo» Adriano y también los ábsides de templos hoy sin dioses, y las aras sin fuego de sacrificios.

Por centurias pacieron ganados entre las brezas del Foro y Palatino y apaciblemente bebieron las aves del cielo en las urnas cinerarias.

El suelo milenario está sembrado de ruinas materiales y morales que en vez de evocar la grandeza que fué, clavan en el corazón el dardo del quebranto y de la melancolía. En estos sitios de catástrofes, ha quedado eternamente escrita la tragedia de un pueblo que triunfó e imperó para ser después anonadado en su cuerpo y en su alma. No pereció todo sin embargo; las raíces de nuestra civilización se nutren todavía con aquella sagrada savia. Carducci dijo:

«Tutto che e al mondo, civile, augusto,
Egli e romano ancora!»

Efluvios de aquel espíritu vibran en las ideas,

formas políticas, sensibilidad, conciencia, y aun en frivolidades familiares. Las águilas, la corona de laurel o la guirnalda del mueble Imperio de un tocador parisiense, fueron esculpidos hace dos mil años por un artista desconocido en la base de la columna de Trajano, y de la argolla de hierro que sujeta la cadena del prisionero bárbaro en el bajo relieve del arco de triunfo de Septimio Severo, proviene la pulsera que oprime el débil brazo de la dama de mundo. A Júpiter se le galardonaba con el tratamiento de «óptimo y máximo» que pasó después a nuestro Dios, y el título de pontífice de César y Augusto, hoy lo ostenta el Vicario de Cristo...

Es menester acudir aquí en la mocedad con las potencias intactas del espíritu y aún bullente la fantasía con las primeras lecturas de la historia. Las evocaciones deben asumir entonces enérgicas formas corpóreas: César pasando el Rubicón, Scipion sollozando ante la destrucción de Cartago, Mario sentado entre sus ruinas, Nerón tañendo la cítara griega, Mesalina al atardecer escapando del palacio imperial hacia el corrupto arrabal de Suburra por el criptopórtico del Palatino, que recorro absorto a menudo evocando aquella singular visión y también la sangrienta escena del asesinato de Calígula, acaecido en la misma galería subterránea.

Después que se ha vivido en esta ciudad se comprende el tedio romano por todo aquello que no es romano. Fuera del milenario recinto no existen por lo común sino imitaciones y copias, puesto que la mayor parte de las creaciones modernas tienen sus modelos en Roma.

¿Admirará monumentos y palacios? En ningún país y en ninguna edad los hubo más egregios que aquellos que revelan todavía las ruinas del Foro, Palatino, Villa Adriano, las diversas termas y los marmóreos restos de Tíboli, Ostia y Anzio, sin enumerar por cierto los edificios del Renacimiento, construídos con antiguos despojos, que descuellan rodeados de jardines edénicos, suspendidos casi en las cumbres de las colinas, a manera de remedos de los flotantes de Semíramis o de aquellos de Salustio y Luculo.

¿Admirará arcos de triunfo? Aquí están los clásicos en su solar glorioso, el de Tito, incomparable por su sobriedad y armonía, los de Septimio Severo y Constantino, con arquerías en tríptico, bajos relieves, capiteles de acantos y majestuosas cariátides.

¿Admirará las plazas arquitectónicas de París? Esas construcciones del primer Imperio tuvieron quizá por modelos los foros secundarios de César

o de Octavio y las clásicas ornamentaciones de sus plazas.

¿Admirará la columna de Vendôme fundida en bronce, coronada por la efigie de Napoleón en indumento romano, ceñida la sien con diadema de laurel, semblanza quizás de la estatua de Claudio?

Acá están las auténticas de Trajano y Marco Aurelio, esculpidas en piedra, desenvolviéndose los bajos relieves con las hazañas heroicas en gigantescos espirales.

¿Admirará estatuas? ¡Pocas quedan después de la de Augusto en el Vaticano y de la ecuestre de Marco Aurelio en el Capitolio...

Prefiero el monumento antiguo en el sitio donde fué originariamente erigido que en la exhibición artificial del museo. Este criterio ¿empezará a señorear en Roma? En una de las calles donde se yergue un escombro de las antiquísimas murallas de la época de los reyes, la edificación se adaptó a él y sobre su moderna cornisa la piedad edilicia grabó un apotegma en idioma latino: «Antes amparasteis la ciudad, hoy la ciudad os ampara».

Delante de tanta destrucción, piénsase cuántas causas análogas a las que anonadaron aquella civilización subsisten todavía reproduciéndose para organizar la trama eterna de la historia, puesto que

todas las construcciones materiales y espirituales de la especie son precarias. Los pueblos llevan en sus entrañas el vicio inmanente que un día los destruirá, y nuestras agitaciones, estériles como las del mar, están contenidas también por riberas infranqueables. Semejante a Sísifo la humanidad está condenada a la tarea de empujar una mole que antes de llegar a la cumbre rueda, aplastando lo que encuentra en su ruta al retornar al abismo. Los grandes imperios fueron vanos empeños para constituir tipos definitivos de organización política.

De la antigua Roma perduran apenas fragmentos dispersos y restos de escombros, que nos previenen sobre el porvenir que está reservado a nuestros orgullosos afanes. Todo está condenado a perecer: una flor, un Imperio o un planeta. Estas ruinas que me circundan revelan su enigma al espíritu que sabe interrogarlas...

Reposando en las tardes apacibles cabe el pedestal de una estatuta de sacerdotisa, entre las rosas y mirtos del patio de las vestales o errabundo en el Palatino o entre las ruinas del Foro próximo a la tribuna de las arengas donde ardió la pira que calcinó el cadáver de César, columbrando sobre el profundo azul del cielo las esbeltas y solitarias columnas de Cástor y Pólux en mármol de Paros, las gigantescas bóvedas de la basílica de Constantino,

o aquejado de tristeza después de haber hollado el polvo secular de la Vía Appia, bordeada de tumbas violadas y derruídas, pilares truncos, aras yacentes, peristilos desiertos, donde pusieron sus nidos buhos y murciélagos, el pensamiento aprecia con desdén el afán y la universal vanidad de las cosas. ¿Qué trascendencia pueden tener en estos desolados lugares, la ambición y el poderío, si el destino empuja implacablemente la humanidad y sus obras a la ruina y al abismo de la nada? A cada paso encontramos la huella de nuestra fragilidad y pequeñez y el espíritu ascendiendo en una delectación de humildad, siéntese mecido por soplos de eternidad.

¡Oh naturaleza! Tú eres la única inmortal y tus fuerzas inagotables destacan en doloroso contraste el endeble artificio del monumento y de la grandeza humana!

Jamás fueron más confiadas y optimistas las civilizaciones que en vísperas de sus catástrofes. Los pensadores y poetas de Roma tenían la convicción que la cultura del Imperio estaba definitivamente incorporada al sistema político y moral del mundo, y que su filosofía y religión resueltos habían la inquietud del pensamiento y de la conciencia humana. Y sin embargo, a la sazón, en un misérrimo lugar de Judea se predicaba ya la doctrina que debía

tumbar los sistemas de ideas y sentimientos consagrados. La imprevisión y la ceguera gobernaron y seguirán gobernando al mundo.

¿Concebís acaso a un emperador, a un patricio, a un senador, a un filósofo, a un augur, dudar del destino secular del Imperio y sospechar siquiera que un día nefasto alumbraría para sus dioses y sus héroes, sus instituciones y monumentos, y sepultados serían unos en el polvo, otros en el desprecio o el olvido, y ascenderían en cambio a las esferas del poder espiritual y político para orientar al mundo, las «supersticiones» de Siria, imperantes entonces en las abyectas callejuelas del Esquilino o en villorrios de Galilea?

¿De dónde surgirán las fuerzas disolventes de la cultura moderna? Ellas fermentan ahora como fermentaron en Roma en las primeras edades cristianas, en las bases más bajas y tenebrosas de la política y de la sociedad.

Las potencias y principios fundamentales que milenariamente presidieron la civilización o surgieron después de la disolución del Imperio Romano, ya están en crisis y desarticulados en su espíritu y en su acción.

Y mientras estas meditaciones me absorben apoyado en una calumna, percibo en la Vía Sacra dos

frailes franciscanos que con paso furtivo eluden hoscamente las ruinas paganas, balbuceando plegarias cual si atravesaran sitios sacrílegos; así lo hicieron los primitivos cristianos cuando forzosamente pasaban frente a los templos y estatuas de los dioses. Y pienso entonces con Izoulet que todas las cosas de la creación son «causas», pero también son «efectos», porque toda causa aquí abajo es efecto; pero ascendiendo al infinito debe llegarse a una causa que no es sino causa, a una causa que no es el efecto de otra y que es por tanto la causa de todo. En la naturaleza no percibimos pues, sino causas segundas, pero existe sin duda una causa primera que llamamos Dios.

Si esa causa primera, si el dinamismo universal, si el conjunto de las leyes de la naturaleza, es decir, Dios, es expugnable, la plegaria que balbucen allá a lo lejos los dos frailes tiene un significado en la vida de la criatura y en el destino de la humanidad; pero si la causa primera, el dinamismo universal, el conjunto de las leyes de la naturaleza, es decir, Dios, es inexpugnable y si el hombre gime bajo el peso de un determinismo inmutable y de un orden eterno de cosas, nuestros ruegos y plegarias caen en el abismo implacable y mudo.

Qué es el pequeño planeta que habitamos en

el conjunto del universo, y nuestra especie en la escala infinita de la vida cósmica? Menos que el residuo de un átomo, menos que el espectro de una sombra...

LAS IGLESIAS PRIMITIVAS

Los espíritus esclarecidos ansiosos de conocer los grandes fenómenos morales de la historia, no se substraen fácilmente a las emociones que sugieren las ruinas de los oratorios primitivos del cristianismo, subsistentes aún en algunas antiguas iglesias de Roma. Contemplándolos se restituyen y evocan los orígenes del nuevo culto y el desarrollo secular de su esencia y de sus formas.

Lo más sorprendente en los obscuros comienzos de la revolución espiritual que con el advenimiento del cristianismo subvirtió la civilización y la conciencia de Occidente, fué el ímpetu demoledor de sus potencias místicas socavando los cimientos ideológicos y materiales sustentadores del más sólido Imperio que hasta entonces había constituído la sabiduría política y la conquista militar, perseverante y metódica. Desde tan remotas edades empezaron a manar corrientes de dogmas e ideas, que deslizándose primero en los confines orientales del Imperio le infiltraron después fecundando el suelo de Roma.

Asia fué naturalmente la madre de la doctrina de Cristo; perennemente se han agitado en sus entrañas las potencias imponderables engendradoras de las religiones que han mecido hasta ahora los ensueños piadosos de las grandes razas.

Fueron cautelosas al principio las congregaciones familiares o adventicias de los creyentes, desdeñadas o ignoradas por las clases intelectuales y sociales de Roma, las cuales jamás presumieron la trascendencia que el fervor moral de gentes tan miserables tendría en el destino del mundo.

Comúnmente reuníanse los neófitos en las casas privadas de los convertidos — «ecclessia domestica» — o en los tugurios de los arrabales.

La opinión culta y los tradicionalistas de Roma envolvían en el mismo conceptuoso desprecio a todas las sectas de Oriente incluída la cristiana, y que a la sazón promiscuaban en los fondos cenagosos de la ciudad.

Perdura aún en la configuración arquitectural de oratorios de los primeros siglos, el carácter familiar de aquellos cenáculos de creyentes.

Muchas de las capillas se improvisaron en mansiones privadas, otras en templos paganos modificando apenas sus ediculas para acoger la deidad que suplantaba a la antigua, y de cuyas construcciones proceden algunas de las más célebres igle-

sias romanas: Santa Pudenciana, Santa Práxedes, San Clemente, San Juan y Pablo, y San Gregorio, revelan todas ellas en sus formas fundamentales la clásica casa patricia.

La Pudenciana fué la morada del senador Pudens, primero de los convertidos del mundo político, y en la cual según tradición, alojóse San Pedro.

Así pues, las naves centrales genuinamente derivaron del peristilium o primer patio y de sus corredores a derecha e izquierda bordeados de columnas, las naves laterales; del «oecus» o salón de honor situado en el fondo del edificio donde se recibía a los visitantes ilustres, provino sin duda el ábside, mientras la sacristía del tablinium, aposento de cumplimiento y, del atrium donde el señor acogía a los clientes que presurosos acudían a recibir la espórtula, el atrio que típico subsiste aún en la iglesia de San Clemente.

En el templo de San Gregorio es fácil evocar el plan de dependencias de la mansión de un magnate romano del siglo VI.

Al cantharus, fuente ornamental del peristilium, adaptóselo para las abluciones rituales, pues el bautismo fué baño de inmersión en las primeras edades cristianas. La piscina del venerable bap-

tisterio de Latran en la cual Constantino sometióse a aquella ritual ceremonia, patentiza todavía su origen pagano y suntuario.

Es menester no olvidar que el templo pagano era pequeño y comunmente en rotonda, vivienda exclusiva del dios; los oficios celebrábanse generalmente en el atrio donde erigida estaba el ara de los sacrificios. Esta conformación consérvase todavía en ciertas iglesias de Roma adaptadas o reedificadas sobre el plan de los templos paganos.

La lenta y continua penetración que desde los principios del Imperio hicieron en Roma algunos cultos de Oriente disociaron su conciencia religiosa y quebrantando sus costumbres y vínculos morales, ensancharon el vacío que ya dejaba en las almas el expirante paganismo. También para acoger aquéllas con favor, gravitaban la novedad y el prestigio del misterio que siempre tuvieron las cosas exóticas en las sociedades en descomposición. Hacia las supersticiones asiáticas acudían a porfía las altas y bajas clases. Tales sectas solían tener de base una concepción astrológica, común en los cultos de Oriente. El de Mithra fué una de esas y, juzgando por los Mithreos que frecuentemente se descubren, dicha superstición cundió con ímpetu en Roma.

Conservaba sin duda la secta reminiscencias simbólicas del culto del sol y resabios de la lucha en-

tre el bien y entre el mal, espíritu que más o menos adulterado ha subsistido a través de las complicaciones litúrgicas en todos los cultos asiáticos. Mithra encarnando el principio del bien era casi un mediador entre la humanidad y el Creador, y por tanto, presentaba a la ignorancia romana, muy crasa en todo aquello que se relacionaba con matices de sectas extranjeras, apariencias groseras con el incipiente cristianismo también de procedencia asiática. Quizás tales vagas coincidencias y algunas secundarias semejanzas exteriores, facilitaron en Roma la expansión más o menos conjunta de ambos cultos en las primeras épocas del Imperio.

Varios templos de Mithra he visitado: el del Janículo, el del subsuelo de la iglesia de San Clemente; éste por su situación y los vestigios de un probable oratorio cristiano que cerca de él subsiste, ambos debieron ser contemporáneos, y el de Ostia, sin duda el mejor conservado.

Este culto debió ser esotérico, con pocos iniciados en sus misterios pues los templos son ordinariamente pequeños subterráneos: el ara está en el fondo coronada por relieve en piedra que representa un genio con gorro frigio y manto, sacrificando un toro, y desde ese sitio arrancan canalejas

que daban curso a la sangre; en las partes laterales bancos adheridos al muro para la comida ritual.

Al iniciarse el cristianismo en Oriente no se constituyó con carácter de Iglesia militante; expandirla entre los gentiles contrariaba un tanto el espíritu tradicionalista del judío; San Pedro encarnó esa tendencia al aferrarse a la circuncisión, mientras San Pablo con rara amplitud de mente derivada de la versación de los autores griegos que había cultivado en Tarso, pugnó desde luego por la difusión mundial de la nueva doctrina. Este temperamento expansivo y conquistador robusteciólo el imperialismo político que Roma conservaba en su índole. Fué precisamente en esta ciudad augusta donde se consumó ese cambio fundamental. Aquí triunfó el espíritu católico sobre el espíritu judaico que era lugareño, vale decir, estrecho y hosco.

Solamente en Roma, merced a su prestigio secular y a su organización política que el mundo habíase habituado a considerar y acatar como omnipotencia universal y legítima, pudo producirse tan trascendental fenómeno.

Las numerosas sectas o herejías que pululaban aledañas al cristianismo habrían concluído quizás por adulterarlo y sofocarlo, sino le hubiera acogido Roma con su prestigio secular, unificándole y

adaptándole al temperamento moral e intelectual de Occidente.

Ciertas teosofías orientales injertadas en el cristianismo primitivo desnaturalizadas a su vez, se condensaron en otra zona para constituir la Iglesia del rito griego alrededor también de otro prestigio imperial y de otro instrumento político, personificado en Bizancio.

Si es cierto que en la separación de esas Iglesias pudo preponderar una causa política y egoísta, cual fué la de querer los emperadores bizantinos ingerirse en la organización y nombramiento del clero, tal ambición fué favorecida por los fundamentales contrastes del genio griego y romano. Sobre el primero pesaba directamente el influjo de los ritos orientales y sobre el segundo el de los ritos paganos; ambos obedecían a diversas tradiciones históricas y étnicas.

La mente griega fué siempre sutil y dialéctica, amante de la meditación alambicada que a menudo la engolfó en el sofisma y en el casuísmo. Fué precisamente este racionalismo inquieto y silogístico que organizó la mística cristiana. Mientras el culto romano intelectualmente se adormecía dentro de las jerarquías burocráticas y del fastuoso ritual que así mismo se impuso después de Constantino,

abundantemente manaba en Alejandría y Bizancio el filosofismo teológico.

Desde las prístinas edades cristianas algunos exégetas de Oriente, separados de hecho del reaccionarismo apostólico trataban de escudriñar el sentido oculto y cabalístico de las escrituras y de la palabra revelada. En el seno de semejante agitación se engendraron ciertos embriones intelectuales del cristianismo, incrustándose en la primitiva Iglesia con San Atanasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo.

Sometido Aristóteles tan preciso en sus tesis, tan cerrado en su lógica, al ergotismo de las interpretaciones bizantinas, concluyó esa dialéctica por alambicarse en el silogismo, alma de la escolástica. Y San Juan de Damasco fué uno de los que contribuyeron a suscitar el movimiento intelectual teológico que organizado, imperó después en Occidente con Pedro el Lombardo y Santo Tomás de Aquino «el angélico», Alejandro Hales «el irrefragable», Duns Scot «el sutil», San Buenaventura, «el seráfico», y Suárez «el eximio». Y alardeó entonces el casuísmo acometiendo los más abstrusos problemas.

¿Cristo es una sola voluntad y una sola naturaleza o por el contrario, una doble voluntad y una doble naturaleza? ¿Es un cuerpo aparente o una

encarnación temporal? ¿Hubo o no hubo nacimiento carnal? ¿Debe decirse a la Virgen, Madre de Dios (Theotôcos) o madre de Cristo (Cristotôcos)? ¿Acaso no es posible explicar el contraste del bien y del mal admitiendo una primera potencia, de la cual derivan otras nuevas potencias, y de éstas otras y otras hasta que de una de las series emerge el mundo impuro de la materia, y para librarle luego de él prodúcese la emanación de un «éon», algo semejante al «logos» o «potencias» de Filón el cual se encarna por fin en el Cristo?

En medio de ese fárrago de disputas sutiles se empezó en el siglo V por Nestorius a formular «distinguos» sobre la naturaleza de la maternidad de la Virgen. Estas controversias originaron una reacción violenta en favor de su culto.

Con poca frecuencia se encuentra la figura de la madre del Cristo en las catacumbas y en los mosaicos y pinturas de las iglesias primitivas.

En la catacumba de Santa Pristilla aproximadamente de fines del primer siglo, y en la de Santa Domitilla, del segundo, aparece representada como plácida y buena madre romana casi sin expresión mística y sin rigidez hierática; pareciera que en esas venerables imágenes la diosa no palpitara todavía; será sobre todo en el curso del

tiempo que aquéllas se multiplicarán y se divinizarán.

Después de Cimabüe, Fray Angélico y Boticelli la idealizarán infundiéndole los contornos flotantes de una visión y más tarde Perugino y Rafael estamparán en su faz la belleza suprema propia de los seres de un mundo superior al humano. Antes había imperado la concepción artística de la imagen griega, del «icono»; así se la ve en Santa María la Antigua con ojos dilatados, color casi cetrino y cargada de pedrerías como una emperatriz de Bizancio. Señorea primeramente en su iconografía el influjo oriental, finalmente el clásico impuesto por el Renacimiento...

Al invadir el casuísmo a Roma, el espíritu latino esclarecido y mesurado podó los excesos de la sutileza griega.

¡Qué vacilación se apodera de la inteligencia meditando en aquellas disputas que conmovieron y ensangrentaron el mundo, y que hoy nos dejan fríos y desdeñosos por ser ellas extrañas a nuestras preocupaciones intelectuales y a nuestros ínfimos intereses!

En la evolución indefinida del espíritu humano mueren sucesivamente los problemas y, de sus propias cenizas surgen otros nuevos que a la vez nos

absorben y enardecen, por ser a la sazón fibras de nuestras mentes y de nuestros corazones.

¿Encontraríamos hoy un hombre en la humanidad civilizada capaz de arrancar al contrincante, por divergencias de casuísmos teológicos, la lengua y las manos, cual aconteció con Máximo de Constantinopla o de marcar la frente a San Teodoro con un hierro en ascua?

Semejantes disputas están tan distantes de nuestra vida actual como los esqueletos de los monstruos antediluvianos. Y lo mismo acaecerá con las ideas, doctrinas, cuestiones y afanes que agitan hoy nuestras horas y con su fuego abrasan nuestras existencias!

Y sin embargo todos los esfuerzos del pasado han sido necesarios para el progreso espiritual. La historia es unidad trascendente. El error es una realidad considerando aisladamente los fenómenos, pero él se disipa en la ficción cuando se vislumbran los elementos infinitos y eternos imperantes en el reino del espíritu.

Fué de tal manera que la escolástica con sus razonamientos «a priori» y sus juegos dialécticos, sus enredos silogísticos y su ergotismo, promovió el amor del examen y estimuló el ejercicio del sentido crítico hasta que de la conjunción de ambos, sur-

gieron las actividades de la filosofía positiva y de la ciencia.

De las disquisiciones teológicas y disciplinas dialécticas, formas rudimentarias de la duda, nació pues el espíritu de investigación moderna. La Reforma misma fué un cisma tardío de la escolástica germánica.

Si el silogismo nació de la corrupción de la lógica de Aristóteles, el ascetismo nació a su vez de la corrupción del concepto oriental de la lucha contra el espíritu del mal. Para escapar a él imponíase la expiación por el dolor y la pena, renunciando a los engañosos deleites de la vida. Sus múltiples formas de disciplina, de mortificación, no encontraron fácil arraigo en Roma merced a las tradiciones del paganismo. Este amaba el cuerpo sano y el espíritu sano, porque era la expresión espontánea de razas expansivas y fastuosas desarrolladas en climas radiosos y en naturaleza risueña, que arraigaban al hombre como planta robusta a la tierra, sugiriéndole la persecución infatigable de los embelesos de la vida.

No se concebía en la Grecia clásica ni en la Roma pagana el tormento y la penitencia ritual, como rescates de una vida de ultratumba. Después de recorrer las ruinas y contemplar los frescos y mosaicos de Roma y Pompeya, siempre encontré la re-

presentación serenamente bella y florida de la figura humana, nunca la imagen ascética del anacoreta macilento ni del místico en extenuante delectación. Este tipo de bienaventurado apareció en Occidente al imperar con el cristianismo una nueva concepción del destino humano y del arte y, desde entonces surgió su imagen ora en los mosaicos, ora en los frescos de las antiguas iglesias de Roma y posteriormente del mundo. Esos ensayos pictóricos de penitentes o anacoretas extraños al temperamento y a las tradiciones de la raza, revelan una de las más inesperadas transformaciones de mente y de moral, de imaginación y de sensibilidad, acaecidas en Occidente desde los albores de su vida histórica.

Contemporáneamente pues, con los excesos de la dialéctica cundieron también los excesos del ascetismo y por tal concepto, siempre me interesaron los frescos de los claustros del Convento de Grotta Ferrata, situado en los alrededores de Roma y fundado en el año mil por el cenobita griego San Nilo.

Las pinturas murales de sus claustros rememoran célebres frailes de la orden de San Basilio y sus hechos más notables. San Simón simulando la locura para cargar con el mayor desprecio de los hombres; San Onofrio y su discípulo habitantes del

Monte Athos, desnudos ambos y dejando para cubrirse crecer desmesuradamente las barbas y cabellos; San Martiniano que mete la mano en el fuego para combatir un pensamiento pecaminoso, y también San Nilo, que en situación análoga revuélcase sobre espinosas malezas para lacerar sus carnes, ya que con harta frecuencia suelen andar aparejados con los santos pensamientos también los malos, pues tales son las anomalías y caprichos con los cuales la naturaleza tejió la trama singular de nuestro espíritu. Iteracinus moraba en absoluta soledad en el desierto y por ahí también vagaba otro anacoreta sin más acompañante que un león domesticado; Hiositorino, soldado en su mocedad quien después de haber participado en sangrientos combates espantado de la maldad humana, a sí mismo se encadena; David de Salónica, que vivió quince años trepado en un árbol, y Simón Estilita y su compañero de austeridades Daniel, quienes permanecieron algunas décadas sobre una columna.

Fué precisamente en Oriente donde asumió sus más extravagantes caracteres la concepción sombríamente ascética de la vida. En Roma en cambio, la sonrisa pagana siempre atenuó los extravíos delirantes de la mortificación ritual.

Y como el espíritu pagano no concebía sino al

dios triunfador, el cristianismo primitivo transigiendo quizás con ese prejuicio dogmático eludió en sus comienzos la representación del Cristo crucificado. En los primeros siglos se le figuró generalmente en apoteosis, rodeado de sus apóstoles como en el mosaico absidal de la iglesia de Santa Pudenciana o en el de los Santos Cosme y Damián emergiendo el Maestro del seno de una nube dorada. Y así también en fresco de Santa María la Antigua, con séquito de discípulos.

Todavía perduraba vivaz en las memorias la infamia del suplicio de la cruz; por tanto no era apropiada la imagen de la crucifixión para prestigiar entre los gentiles la nueva deidad. La misma ausencia del Cristo crucificado nótase en las catacumbas donde se dibujaron preferentemente sobre las lápidas otros símbolos o anagramas. Fué posteriormente en los alrededores del siglo VIII o IX, cuando disipado el baldón que implicó en el mundo antiguo aquel suplicio, y predominando ya en el piadoso corazón de los creyentes el sacrificio del apóstol en el momento más dramático de su misión y de su pasaje por la tierra, que los cristianos se ufanaron representándole en la cruz al consagrar su obra con estoica abnegación.

En las imágenes primitivas preséntase al Cristo crucificado con los pies separados y larga faldilla

de tosca tela — «vesta aspera». Fué en el Renacimiento que por motivos de estética pagana se le desnudó y se clavaron sus pies superpuestos.

Una idéntica evolución se observa en las actitudes del Niño Jesús. Primeramente se le hizo reposar sobre el regazo o rodillas de la Virgen como en las catacumbas de Santa Pristilla y de Santa Domitilla.

Más tarde se prefirió el descanso sobre los brazos en presentación ritual para recibir el culto u otorgar la bendición. En un fresco de una de las iglesias del siglo X u XI represéntase a Jesús, grave ya, con un rollo de pergamino en la mano izquierda simbolizando las escrituras y distribuyendo bendiciones.

El Jesús niño feliz y risueño, con carnes de nieve y rosas y frescura de inmortalidad, sin los gérmenes de muerte que naciendo consigo trae el hombre, fué artística concepción del Renacimiento.

LAS IGLESIAS MODERNAS Y EL ARTE

Constituyó la esencia del régimen imperial el soberbio anhelo de las construcciones colosales, y merced a esa tendencia fué el monumento público estético símbolo de la omnipotencia y majestad romanas, el cual, a pesar de los agravios que en él estamparon el tiempo y los hombres, mana todavía de sus ruinas torrentes de filosofía y de emoción. Ese mismo concepto de la grandeza encarnóse luego en el Papado, en las monarquías latinas de Francia y de España y en los Principados italianos del Renacimiento.

La prepotencia política y militar de Roma tuvo su singular expresión en la arquitectura y en la estatuaria; el arte decorativo cuadraba a una raza ostentosa, embriagada por clima tibio y soleado, y ensanchada su imaginación por obstinados ensueños de dominio universal. Percibiendo ante todo en vez de la idea la imagen, en vez de lo abstracto lo plástico, en vez de la línea y la armonía que amaban los griegos la ornamentación y la teatralidad, espontáneamente brotó entonces en

el suelo romano el monumento rememorativo de proezas y de héroes, de leyendas y de dioses.

Bajo este cielo cóncavo y profundo henchido de aire elástico, la luz en su apoteosis funde los detalles de la ornamentación y calcinadas las construcciones seculares reflejan matices de oro y de marfil.

Aquí las emociones dimanan de las fuentes mismas de las cosas y están los sentidos abiertos y ansiosos para todas las sensaciones. Una bella estatua, un esbelto peristilo, una cúpula audaz, un arco reciamente tendido, una columna hendiendo el espacio, no son en este clima y en la historia de este pueblo manifestaciones solitarias o extrañas a su personalidad; son por el contrario emanaciones de quimeras, creencias o ideas que en su tiempo sacudieron las almas.

El orden arquitectónico romano de las iglesias modernas y el ritual del culto católico provinieron sin duda, de aquel conjunto de causas suscitadoras de un misticismo diverso del que imperó en el norte de Europa, en las razas germánicas, razonadoras, propensas a la abstracción y por tanto impelidas al deísmo puro, sin los santos y semidioses que tachonaron el cielo del culto meridional y propios de una devoción sensual. El gótico no pudo arraigar en Roma, por ser impropio a su ambiente y a

su genio; él requería la luz opaca, la mística germánica desligada de sensaciones y pompas litúrgicas, nutrida por el recogimiento espiritual para expandirse en el interior austero de sus iglesias las cuales contrastan fundamentalmente con el fausto y el esplendor de las del Renacimiento italiano; en aquél trasciende la concepción escueta de la relación del hombre con la divinidad, mientras en la mística latina resplandece el drama del gran culto, la teatralidad en la decoración y en la liturgia.

Meditando en las divergencias de las concepciones religiosas romana y luterana, patentizadas en la arquitectura de los templos y en los detalles rituales, presiéntese que ambas zonas de conciencia fueron principalmente deslindadas por un meridiano geográfico, étnico e histórico.

Al traspasar en Bélgica, Inglaterra o Alemania el portal de un templo gótico, es tan ténue la transición de la penumbra de la calle al de las naves que apenas experimenta serena emoción el lirismo religioso, mientras en Roma y en las comarcas del Mediodía ella chocaría bruscamente, y sentiríase de súbito el orante hundido en semi-tinieblas quebrantado su recogimiento. La luz flamígera, la brillante fastuosidad de los alabastros, jaspes, pórfido, broncería, mausoleos, pinturas murales, estatuas e imágenes, son detalles necesarios en las iglesias latinas para satisfacer un misticismo sensualista.

La imaginación religiosa de los hombres del Renacimiento esencialmente pagana, era sensible al color, a las formas ostentosas, a la ornamentación teatral, al aparato de las ceremonias, a la clásica ordenación de las jerarquías. La unción derivaba de la exuberancia misma de la litúrgica. El luteranismo en cambio, es culto que se aviene con climas sombríos y desapacibles, con razas reconcentradas y reflexivas, de fuerte vida interior, incapaces de buscar emociones fuera de los horizontes del espíritu. Estas erigieron en consecuencia templos severos, de columnatas y muros escuetos, predominando la arista y la ojiva, de movimientos atormentados y fugaces, reveladores de la confusión de las almas frente al misterio del más allá.

En este milenario suelo de Roma donde vivaces subsisten las raíces de los antiguos cultos, el alma torna siempre al paganismo complaciéndose la fantasía en evocar los dioses para encarnar en ellos las fuerzas creadoras. Tal es la religión natural, la que espontáneamente brota del fondo lírico de la mente latina cuando desligada de las disciplinas dogmáticas y casuísmos teológicos que la desecaron, vuelve a la frescura de sus orígenes. El dios único y abstracto es una superfetación del racionalismo de los filósofos y de la especulación de las escuelas; el culto natural aquí y en las otras naciones del me-

diodía, el que nace en el espíritu de la multitud es el del dios pagano, vale decir, el personal, aquel de la advocación de todas las manifestaciones y formas de la creación. La entidad abstracta y trascendente confinante con la eternidad y el infinito, impasible hasta dejar abandonados al mundo y a su criatura al embate ciego del destino y de los elementos, fué, es y será para el cenáculo de pensadores o idealistas, pero ella no cabe en la conciencia de las muchedumbres. El vulgo se rebelará siempre contra esas abstracciones, contra ese Dios lejano e inerte que no comparte nuestros anhelos, ni ampara nuestras angustias, y para suplantarle, el alma colectiva en labor inconsciente engendró al profeta, al inspirado, a los santos capaces de alentar nuestras esperanzas y apañar nuestras irremediables miserias. Por eso en algunos de los antiguos templos romanos restaurados, en los del Renacimiento y en los barrocos más recientes, la luz, el plan y la decoración tienden a conmover sobre todo el misticismo sensual y la imaginación religiosa para suscitar la veneración emocional.

Muchas de las iglesias romanas se edificaron según el modelo de las basílicas Julia, Emilia, Constantina o Ulpia de los Foros, principalmente las de Santa María Mayor, de San Juan de Latrán, San Pablo y San Pedro, para no mencionar sino

las mayores. San Pedro es el templo típico del Renacimiento romano, por la pomposa ornamentación, majestad, armonía de proporciones y hondas cúpulas, pero es convencional y frío y el alma queda inmóvil y sin unción en el seno de tanta grandeza.

No es de sorprender el influjo que tuvieron las construcciones del Imperio Romano en las modernas, ya que esta ciudad tuvo el privilegio de poner su alma de eternidad a los monumentos, ideas, doctrinas e instituciones que en su seno germinaron y se desarrollaron. Así fué que a medida que el cristianismo se alejó de este foco histórico generador de omnipotencia y de dogmas, la arquitectura sagrada y el ritual depurado de las tradiciones romanas, simplificóse en los países del norte donde el cristianismo tornóse más evangélico, más inspirado en sus austeros orígenes, más próximo «al reino de Dios» presentido en Galilea.

Fueron las religiones hasta los tiempos modernos las más copiosas fuentes de inspiración y de arte; la antigüedad vivió de la mitología pagana, la Edad Media exclusivamente del cristianismo y también el Renacimiento, a pesar de sus aleaciones clásicas; pero extenuado aquel estro en el sentimiento de la humanidad, feneció un cuantioso caudal de inspiración. Con el desmedro del fervor mís-

tico, de las antiguas jerarquías sociales y la prepotencia de las nuevas no desbastadas aún de la ordinariez y rusticidad, el arte se debate dentro de las actuales condiciones del mundo, y vacila en ensayos de incoherencia. La multitud, el obrero, el burgués y el enriquecido ocupan el escenario y se imponen al arte con sus rencores, su vulgaridad, sus protestas, sus actitudes airadas, sus vanidades y ostentaciones de advenedizos, como sujetos exclusivos y prepotentes. Son los personajes que después de un siglo hicieron irrupción en la escena. El arte se hará socialista y burgués. El clásico, derivado del misticismo y del ideal, del heroísmo histórico y guerrero, de los ceremoniales monárquicos y señoriales, de la grandeza individual y de prosapia, aquel magno, noble y límpido, no podrá desenvolverse ya en sociedades materialistas y sórdidas, presuntuosas y rudas, de tipo americano.

A su turno el monumento clásico, de estilo greco-romano ha para siempre desaparecido; substitúyelo en cambio la obra cómoda, lo que en léxico bárbaro llamamos «confortable». Las ciudades tienden a convertirse en enormes conglomerados industriales y cosmopolitas, sin alma, sin unidad moral, desprovistas de sentimientos perdurables o trascendentales, sin fuerzas capaces de impelerlas a

perpetuar su magnificencia y su poder espiritual en monumentos de inmortalidad, como los que Roma erigió para su eterna gloria. Lo que hoy no es útil y de aplicación inmediata, se desdeña.

Igual decadencia debió aquejar al arte cuando en su advenimiento exaltó el cristianismo a los miserables y a los incultos. Ya la falta de primor y de gracia obsérvase en algunos de los monumentos subsistentes en Roma, de los primeros siglos de nuestra Era. Basta contemplar para convencerse, los bajos relieves de los arcos de Séptimo Severo y Constantino.

A medida pues que la revolución social avanza, la espiritualidad desciende y con ella el amor desinteresado por la belleza y las formas del ideal. El artista hasta los albores de la Edad Moderna fué generalmente un inspirado que producía bajo la emoción del delirio creador y cuando la idea pugnaba por nacer, como el feto en el seno de la madre. Era entonces la concepción una actividad espontánea de la sensibilidad y del ensueño, del entusiasmo y del amor; la obra no era ficticia, ni tampoco fruto de esfuerzos penosos arrancada por el encargamiento o la demanda comercial de clientela adinerada; ella nacía en medio de los íntimos desgarramientos de las fibras del alma y del corazón.

El utilitarismo artístico empezó a extenuar el genio y la imaginación creadora desde el día que la producción dejó de ser una función divina y la inspiración un delirio sagrado.

Pocas condiciones han rebajado tanto el arte moderno como el encargo del millonario advenedizo americano y europeo.

¿Qué amor, qué transportes pueden agitar el alma del artista cuando bajo el yugo de la tarea profesional, transporta a la tela o al mármol un tema impuesto o vese obligado a fijar los rasgos incoherentes y rudos de un «rey» del cerdo o de un «rey» del novillo, cuya fisonomía no fué jamás conmovida por otros dramas o pensamientos que los acaecidos dentro de los muros de un escritorio y dejan su rastro en el debe y el haber del libro de caja?

Estas y otras meditaciones solían embargar mi mente recorriendo los sitios venerables donde yacen acumuladas las ruinas de las excelsas construcciones romanas. Un cúmulo de circunstancias y causas adversas desterraron definitivamente de nuestras ciudades el monumento de grandioso estilo, y la crisis del arte por peculiaridades de evolución de costumbres públicas y privadas, fué más aguda todavía en cuanto atañe a la estatua y al retrato. La decadencia de este género empezó con el

cristianismo una vez clausurado el Gimnasio, las Termas y el Circo y suprimido el manto y anatematizado el atavío del tocado y el desnudo en la palestra. Pero el más recio golpe asestado a la belleza del indumento, el cual había conservado cierta gracia de modelo, fué el de la Revolución francesa el trajearnos con levita negra y pantalón. La estatuta y el retrato — es decir, la figura humana — para ser en lo sucesivo interesante hubo de ser convencional. Al Napoleón de la columna Vendôme le ciñeron las sienes con diadema, le cubrieron los hombros con el manto y le desnudaron las piernas para calzarle sandalias, y David, en la tela, le vistió a la usanza de Carlomagno.

La estatua requiere el héroe lírico, el magnate de ilustre progenie o de radiosa vida. Imposible comprender la nobleza y majestad de las antiguas estatuas romanas si no se evoca la vida patricia de los grandes señores que fueron los vivientes modelos del artista, mientras paseaban por los foros y los pórticos en noble ociosidad, con la túnica plegada por el esclavo griego, suelto y sin deformación el pie en la dorada sandalia, llenas de decoro la expresión y las actitudes, rodeados por sus clientes y precedidos por sus esclavos. El patricio era la ciudad y la ciudad era él, ligados am-

bos por sólidos vínculos de tradiciones e intereses. Las vastas sociedades políticas igualitarias, es decir, las patrias grandes han concluído ahogando la ciudad, la patria chica, para convertirla en una abstracción.

Reproducía naturalmente la estatua tan nobles y serenos modelos. El drama humano interior no se estampaba exclusivamente en la fisonomía como acontece hoy; los sentimientos se difundían en el individuo en expresión de conjunto simbolizando la armonía espiritual en toda la figura humana. Todavía se observan semblanzas de tales aposturas en los aldeanos de Tusculum y Albano, cuando envueltos en sus capas, congréganse en las plazuelas platicando de sus viñedos y de sus bestias.

Naturalmente la estatua del héroe antiguo expresaba la impasibilidad de sus dioses, mientras nosotros y nuestros bustos, el ceño adusto y la inquietud del agiotista. A ello contribuye el vaivén de las situaciones, la subversión y el odio de las clases, la sordidez y el tráfago de la existencia que angustian y revuelven los rasgos fisonómicos y ponen la gesticulación neurasténica en las maneras, y la descompostura en el porte. ¿Imagináis acaso, con faz agitada por preocupaciones comerciales y en mar-

cha presurosa por las calles de Roma a Salustio o Petronio?...

En nuestras ciudades modernas y advenedizas el monumento público es casi un artificio y una convención; él no es alegoría viviente, expresión histórica y estética de un alma secular y colectiva, sino símbolos o apéndices convencionales; aquél en Roma era parte integrante de su personalidad histórica, de su fisonomía, de sus ambiciones, de sus creencias, glorias y poderío; era en síntesis un «instrumentum regni» porque desempeñaba alta función social y política. Hoy tal estilo arquitectónico decae en el tipo de la construcción mecánica americana.

Se comprende el significado educativo que tuvo en Roma el monumento; el periódico no existía, el libro era escaso y patrimonio de los magnates. ¿Cómo difundir y perpetuar acontecimientos y hombres ilustres, enclavándolos como fuerza activa en el alma de las generaciones? Tal fué sin duda, uno de sus fines primordiales. Se me ocurre esta idea cuantas veces contemplo la columna de Trajano, erigida en el Foro homónimo. Destacábase en el centro de un pequeño patio, rodeada probablemente por los edificios de las bibliotecas griega y latina desde cuyos pisos podíase examinar la gigantesca espiral con los primorosos bajos relieves representando batallas, asaltos de fuertes, aldeas y panora-

mas de las comarcas, a las cuales Trajano impuso su potencia. Este monumento constituiría con otros congéneres especies de libros perennemente abiertros, a los cuales acudía la juventud para tomar lección de cosas y completar sus conocimientos históricos y geográficos. La contemplación de tales proezas y exóticos paisajes no era por cierto ejercicio trivial que dejara impasible la fantasía y frío el corazón, sino dramática visión de hechos memorables muy capaes de exaltar el sentimiento artístico y patriótico...

Estas ruinas de Roma exhalan tal poesía y tienen tal poder de evocación que contemplándolas — parafraseando a Tito Livio — mi alma se vuelve antigua y, en augusta serenidad y en lírica inspiración, abarca los días que fueron y los días que son hasta columbrar arrancando del Foro y del Capitolio las grandes rutas que recorre todavía la historia humana!

ALREDEDORES

Roma no se presiente como las grandes ciudades modernas, por vastos arrabales y ubérrimas campiñas; emergente en recinto amurallado que apenas desborda, circúndala triste solar con la expresión de milenaria fatiga y con los rastros dolorosos que la humanidad y la historia estamparon en las comarcas que profundamente removieron. Sin árboles casi, lagos o arroyuelos, sin los detalles risueños o triviales de los paisajes comunes, muestra esta tierra sus entrañas atacadas por la augusta esterilidad de aquellas que exhaustas envejecieron, después de haber sido excepcionalmente fecundas. La misma desolación del «agro» quedó impresa en el suelo de Asiria, Egipto, Cartago y Galilea. Los imperios y los hombres no cumplen impunemente misiones extraordinarias; la tragedia es el final los esfuerzos que sacan a nuestro rebaño de su marcha menguada. Por eso la grandeza y majestad de la campaña romana está en la apacible tristeza de las cosas que intensamente vivieron y profundamente murieron.

Apenas ultrapasada la ciudad que tiende a escaparse por los boquetes y las puertas de los muros destruídos al pie de los cuales después de su grandeza mendigó Belisario, se columbran rústicos panoramas envueltos en luz violácea y ahí no más manejan el arado etrusco, labriegos que entonan cantilenas mientras pacen sus bueyes de largos y torcidos cuernos como los que ataviados para el sacrificio, vénse aún en los bajos relieves de los mármoles rituales del Foro, y en lontananza tendidas como espinas dorsales de monstruosos esqueletos, acueductos ruinosos, arquerías, escombros de sepulcros y cerrando el horizonte enhiestos pinares en las colinas. Y todo ello cubierto por un sudario de quietud y de silencio, bajo el cual parece desfallecer esta «necrópolis del universo» que guarda en su seno de eternidad las cenizas de tantas civilizaciones extinguidas.

El espíritu entonces frente al hondo pasado, evoca complacido los diosos y los héroes que poblaron estos cielos y estos campos, donde ahora señorean la melancolía y la soledad. Lo que infunde a este paisaje su severo encanto es la armonía, la conjunción espiritual del drama histórico y del drama de la naturaleza. La serena desolación del lugar cubre merced a la impasibilidad de su máscara, los residuos

de la grandeza imperial anonadada y escarnecida por las catástrofes y la barbarie.

Si estos sitios en vez de ser asolados, con yermos collados, confusas líneas de horizontes, ondulante luz en los matices del iris, fría la mirada de las ruinas, implacable su gemido y perenne su cuita, fueran en cambio floridos y risueños, olvidadizos en el bienestar y en el lujo, y acá y allá tropezáramos con vergeles, serían advenedizos y sin personalidad. Ellos deben ser como son, mustios porque fueron únicos en magnificencia y poderío, y hoy llevan en su faz las huellas de su decadencia y humillación.

Al atardecer durante el otoño, cendales purpúreos de luz envuelven los fragmentos de mausoleos, de acueductos, de termas, de templos, de columnas, mientras las hojas de las frondas ruedan en los hondos caminos cargados con penumbras del ocaso, y en tanto, el rumor apacible de las cosas y de la historia caen en efluvios sobre el corazón.

En estas campiñas de secular desolación más que el rico paisaje de verano, el fino de la primavera o el escueto del invierno, cuadra el otoñal con su sonrisa de agonía. Por doquiera entonces la vida desfallece, palpitando la misma alma dolorida en el árbol y en la ruina.

Vuelan las campanadas del Angelus en plegaria hacia el espacio desde las hondonadas a las colinas; Venus titila entre el polvo de las estrellas en el cielo eternamente pagano, y las nubes se deslizan como cuadrigas y las diosas de «dedos de rosa» abren aún las puertas de la aurora y cierran también las del ocaso. Estos astros que ruedan sobre mi cabeza, alumbraron con el mismo fulgor la noche primera de aquel día en que Rómulo trazó el recinto de la ciudad eterna. ¡Supremo momento cuyo lirismo hace desdeñar las penas y miserias, porque todo lo que nos circunda contribuye a desligar al alma de la tierra y de la vida!

¿Podrá el clamoreo de las campanas de las iglesias de Roma que hasta aquí llega, desviar la multitud que ha tiempo se precipitó afanosamente en los caminos utilitarios sin los anhelos del cielo, el cual se abre vacío encima de ella sin las místicas estrellas que la guiaron? ¿Podrá la parte inferior de la humanidad sin gran descenso moral, vivir separada de las creencias místicas que hasta ahora encendieron su lumbre en medio de las densas sombras que nos rodean? ¿Qué conciencia espiritual, qué polo ideal, qué deidades renovarán las consagradas si es que ellas agonizan ya como hace dos mil años las paganas en el corazón de Roma, enseña religiosa del Occidente?...

Percibo el Monte Cabo en cuya cúspide erigióse el templo de Júpiter Lacial y al que ascendían en carro triunfal los vencedores. Más de una vez desde su cima circundada de silencio, en medio de los rústicos que se guarecen en sus ruinas, columbré los viejos campos donde en los albores de la historia de Europa fué batido Tarquino el Soberbio, y también el que según la tradición popular ocupó Aníbal; si él oteó Roma fué desde estos parajas. Vencedor ¡en qué nuevos cauces hubiérase precipitado la historia! ¡qué revoluciones se hubieran consumado, qué conceptos religiosos, qué ideologías filosóficas y políticas, qué arte, qué literatura, qué razas hubieran subvertido el mundo y quedado prevalecientes! ¡De cuán nimios acontecimientos dependen los destinos de la humanidad; muy diversas de las actuales serían hoy las bases de la civilización, de las ideas y de los sentimientos y nuestra especie hubiérase fundamentalmente desenvuelto en otras direcciones! Cuando nace el riacho basta un guijarro para desviarlo.

Naturalmente en esta tierra de historia la emoción del paisaje no deriva del paisaje mismo, sino ante todo de las luchas y dolores, del drama colectivo e individual que él sugiere y personifica.

Errabundo alguna vez en las tortuosas callejuelas de Frascati, sentíme embargado delante de las rui-

nas de una supuesta tumba de Luculo dentro de la cual un zapatero de viejo tiene excavado su tugurio. El destino nos persigue constantemente con sus ironías en estos lugares vetustos. Luculo fué un sibarita conquistador de algunas comarcas del Asia Menor y al parecer introdujo en Roma el cerezo y el plátano. Díjome en una ocasión la reina Margarita que algunos de los plátanos de su parque podían tener aquella prosapia. ¡Y bien; recorred el mundo apurando los deleites de los sentidos y del orgullo, para que en el mausoleo de mármol y pórfido destinado a la rememoración, escarnecido y despojado de todo ornamento, se convierta en el antro de un gañán!

En semejante tierra cargada de siglos el panorama sin episodios humanos es inerte y vacío. Acá nada interesa tanto al hombre como el hombre mismo porque la historia se yergue en cada palmo de terreno. Donde no existe la evocación trágica o apacible de su imagen, donde la naturaleza no modula algo de sus miserias pasadas o de su grandeza, de sus quebrantos o de sus zozobras, la tierra es muda y sin alma. El lirismo busca la pasión en el fondo de todas las cosas.

La falta de historia es la falla esencial de la naturaleza en los países advenedizos; ella puede conmover por la grandiosidad de sus perspectivas y

la majestad de sus cuadros, pero súbitamente la monotonía trasciende por la carencia de fisonomía legendaria, cuya raíz está en las profundidades del alma humana.

Tengo la incomprensión como tragedia de los anales geológicos de nuestro globo. ¡Qué importan las catástrofes y ciclópeas subversiones que rompieron los cimientos del planeta, si ellas acontecieron antes que hubiera una conciencia, una sensibilidad capaz de trasuntar en emoción aquellos cataclismos!

Siempre que visito Ostia impónese a mi imaginación la escena descripta por San Agustín, quien reclinando su cabeza en el hombro de su madre Santa Mónica, y ambos apoyados en el alféizar de una ventana desde donde la vista extendíase sobre un jardín, solos y absortos, olvidando el pasado para considerar el porvenir y platicando sobre la vida eterna y la miseria de los placeres, en éxtasis de amor divino, en arrobamiento supremo contemplaron «todas las cosas de la tierra y las del cielo».

Cuando recorriendo las campiñas me aproximo al Monte Porzio, — legendaria heredad de Catón — tengo desde luego la obsesión de este reaccionario rústico y nacionalista, repudiador de la cultura griega y del humanismo ateniense para asirse al

tradicionalismo silvestre de la Roma primitiva.

Tusculum, a pesar del triste abandono en que yace háblame de Cicerón y de su artística villa donde discurría de filosofía y de política. Si bien recuerdo, él, en alguna de sus cartas la emplazó cerca de la Vía Latina y de un arroyuelo que aún hoy por ahí desliza su hilo de plata entre riscos y malezas.

¿Quién es capaz de contemplar los muros grietados de Subiaco o Grotta Ferrata sin pensar que ellos fueron de las primitivas instituciones monacales de Italia y de Occidente, y que en medio de la fuerza desencadenada imperante, sirvieron de refugio al espíritu y de centros de meditación y de estudio, adonde acudían los ánimos apacibles a quienes no atraía la discordia brutal y, sirvieron por tanto de contrapeso a la violencia desprendadora del castillo?

Y vislumbrando estos campos romanos, ¿cómo no meditar percibiendo las catacumbas en los dramas místicos, en las esperanzas nacientes, en los nuevos conceptos de la relación de la humanidad con los misterios trascendentes y los destinos morales del mundo? Pocos restos del pasado tienen tanto significado y revelan más palmariamente el cambio en la idea de la muerte y en su culto.

La catacumba era subterránea y sombría, mientras el sepulcro pagano erigido en el borde de la Vía Appia o Latina, bañado por la luz y el aire de los campos floridos, era obra de arte ostentoso y señorial que así correspondía a una civilización confiada en su destino, serena y omnipotente.

La difusión de aquellos enterratorios desde fines del primero o principios del segundo siglo de la Era, demuestra la infiltración oriental y judaica en la conciencia y en la familia pagana, como las inscripciones y pinturas simbólicas patentizan a su vez, cuán íntima era la confusión del viejo y del nuevo culto en los primeros convertidos. Existe aún cerca de la tumba de Domitilla un recinto cuadrado, con cisterna, bancos de ladrillo y un rincón para las ánforas, detalles indicadores del recinto ritual de los ágapes, semejantes a idénticas dependencias en los admirables sepulcros existentes en las proximidades de la Vía Appia Nueva.

Domitilla supónesela parienta de Domiciano; a la par de este nombre patricio, suelen encontrarse otros en las lápidas funerarias: Marcus Valerius, Aurelianus, Flavius Sabinus. ¿Fué en tales casos y desde tan prístinos tiempos del cristianismo, secreta la claudicación de conciencias paganas en los representantes de antiguas familias, o sencillamente trataríase de nombres usurpados por esclavos o

libertos de grandes casas, quienes ostentaban a veces el de sus señores?

Sin duda la manera grosera de las pinturas y la misérrima ornamentación, el carácter de los símbolos, léxicos y letras que comúnmente se encuentran en las catacumbas pregonan la obscura y baja condición de los primeros fieles. Estos miserables comienzos de una subversión de orden espiritual destinada a tan brillantes destinos, deben atenuar el desprecio con que suele considerar el prejuicio tradicionalista de todos los tiempos, las protestas que se inician en los antros sociales y políticos contra el orden constituído y la organización consagrada de intereses y de ideas. ¡Cuánta fuerza, cuánta rebelión y odios demoledores, germinan hoy en el turbión de los miserables, en el limo de las multitudes, reunidos sordamente en sus catacumbas, congregados en sus tinieblas, conjurados en sus misterios, alentados en su rencorosa sordidez por nuestra ciega despreocupación burguesa...!

Después de errar por los contornos de Roma entre sus ruinas y sus villas, recorriendo sus espaciados parques y arboledas, se me antoja que el árbol como ornato y decoración privada y pública no fué griega ni romana; la naturaleza misma en su elemento lírico, en su complemento estético y

de composición literaria y de escenario épico, tuvo mezquino papel en la imaginación creadora de las edades clásicas. César viajando a Galia, cuyas conquistas tenían tanto de descubrimientos geográficos como de empresas bélicas, ocupó el tiempo de la travesía escribiendo un tratado de gramática. La pasión de la selva procedió sin duda de Oriente y ante todo del norte de Europa, del amor germánico por el arbolado.

El romano gustaba principalmente del ornato arquitectónico, vale decir, del monumento, de la estatua y sus derivados decorativos, foros, termas, gimnasios, exedras y propileos. Aún hoy los parques y pensiles modernos y la estética señorial de las grandes villas y palacios: Vaticano, Aldobrandini, Borghese, Castel Gandolfo, Este, Torlonia, que remedan los jardines de Mecenas, Horacio, Salustio, Luculo, el árbol concurre principalmente a dar realce a la decoración arquitectónica. Así también lo que da frescura y expresión tornadiza al paisaje romano, es la fuente fastuosa saltando en peldaños y vasos para darramar sus aguas en rumorosas cascadas.

El drama de aquellos parques no se desarrolla en la alineación de árboles, en los bosquecillos y enramadas espaciadas o en geométricas perspectivas, porque toda la composición tiende a rematar en

múltiples monumentos; en éstos revélase el verdadero carácter y la fisonomía de su personalidad.

El romano comúnmente no se solazaba a la sombra de la arboleda sino a la sombra manumental de los pórticos, termas o peristilos. En Villa Adriano subsiste derruído en parte, el muro que fué magníficamente ornamentado y a cuyo amparo el emperador se complacía en discurrir con los filósofos sobre los problemas de su tiempo.

Pero las soberbias villas y palacios de los alrededores de Roma, legados de otra edad, hoy degrádalos el abandono y socávalos la ruina. Son formas anacrónicas de un tipo social desaparecido; el gran señor ha muerto y a su vez mueren sus mansiones.

Posiblemente llegará un día que desaparecerán hasta las ruinas que cubren estos sitios milenarios, pero el recuerdo de la magnificencia y grandeza romana seguirá ocupando la memoria y la imaginación del hombre, mientras este actor turbulento y brutal, se agite en la escena del mundo.

LA JUDERÍA

Han carecido los judíos después de dos mil años de los fundamentales elementos forjadores de toda organización política: territorio, instituciones, milicia, contacto cotidiano de aspiraciones e intereses, pero merced a los vínculos étnicos y de conciencia religiosa perdura en ellos la cohesión histórica y los caracteres espirituales de una nacionalidad, mientras Babilonia y Nínive, Atenas y Roma desaparecieron o yacen apenas sus residuos materiales y morales sin los recios contornos de una viviente personalidad. El Papado e Israel son las únicas «internacionales» que hánse conservado milenariamente sin grande desmedro de su naturaleza originaria.

Desde tiempos pretéritos pujó en el alma judía con intensa fé su misión providencial derivando de ese afán teocrático, la inquieta intolerancia y obstinado sectarismo que en épica evolución provocaron universal antipatía, luego repudio y, enseguida, sistemática y rencorosa persecución. En vano trató de apaciguar Herodes Agripa las turbu-

lencias dogmáticas y políticas de la nación hebrea, que impulsábanla al desprecio de las equivalentes concepciones extranjeras, para avenirla con el género humano. Pero fanática tenacidad la sumieron en el nacionalismo de polémica y de dialéctica. La historia del pueblo judío proclama la terrible sanción del sectarismo y de la intolerancia.

Los magistrados romanos con sede en Judea, imbuídos por el humanismo griego y escepticismo mundano, debatíanse irritados contra las pedanterías de doctores y teólogos, escuelas y sectas. Chocábales sobremanera el ensimismamiento díscolo de aquel espíritu lugareño.

En Egipto y en Asiria sujeto el judío a servidumbre, vivía nostálgico y agitado por visiones de poderío y sutiles rebeldías.

Destruída Jerusalén, promulgado después el decreto de Adriano prohibiéndoles habitar Palestina y fijada la tendencia gubernamental de persecución en las leyes de «collegia illicita», inició el pueblo judío su dramática peregrinación.

A pesar del liberalismo de Roma enardecíala aquella estrehez de ideas y de sentimientos. Tácito que a la par del patriciado de su época nutría desdén por los gentíos de Oriente pululantes a la sazón en la Capital del Imperio, señalaba ya con acrimonía sus costumbres sórdidas — *judearum mas sordidas.*

Por singular contradicción Israel desdenó siempre los otros puebols, y obstinándose por circunscribir al suyo los problemas humanos, muy a su pesar vió cundir su influjo de conciencia en Oriente y Occidente hasta molestar singularmente a Roma con su índole disputadora. Tiberio creyóse obligado a purgar la ciudad, expulsándolos.

Una vez que esta fuerte raza hubo engendrado un dios al cual repudió y sacrificó, mientras el mundo ante el mismo se posternaba, vejada desde entonces pero también poseída de ideologías mesiánicas y codiciosos propósitos, llegó jadeante hasta la edad contemporánea.

El judío es ante todo un rebelde intelectual y un tradicionalista; resístese todavía a pasar bajo el arco de triunfo de Tito, erigido en Roma hace veinte centurias glorificando la destrucción de Jerusalem, y los últimos descendientes de los arrojados de España por los Reyes Católicos hablan aún el castellano con léxico y sintáxis del siglo xv.

Promovió la raza hebrea el fervor místico del cual provino el cristianismo y, en los tiempos modernos el judío Marx formuló a su vez el decálogo oficial de la revolución proletaria. Una vez más al cabo de los siglos, consumada la revolución moral iniciada en Galilea, vuelve el genio israelita, pero ya no con unción celeste sino con airadas reivindicaciones humanas, a pretender interpretar las

nuevas aspiraciones de aquellos que sufren hoy «hambre y sed de justicia».

Háse destacado en todas las edades la individualidad judaica como zona inconfundible en la vastedad de la historia con su carácter matizado de misticismo mesiánico y rebeldías, con su literatura atravesada de resplandores proféticos y visionarios, blandiendo siempre el apóstrofe contra los poderosos de la tierra, constantemente desligada del presente para mejor columbrar los vergeles del porvenir y abrazada todavía a los arcaicos delirios nacionalistas de Isaís y Ezequiel. Raza de ostracismo y de maldición con quien ninguna otra se mezcló, y por eso mismo violentamente fijada en tipo definitivo como las castas reales.

Uno de los tantos fragmentos flotantes de ese pueblo «deicida» habita Roma desde época remotísima en infecto arrabal — judería o ghetto — surcado de callejuelas tortuosas y obscuras, en misérrima promiscuidad, y en antaño bajo el ojo avizor de las autoridades del gobierno papal, flajelado periódicamente por depredaciones o matanzas expiatorias. Allí permanecieron los judíos durante la Edad Media, recluídos a manera de fieras con las entradas y salidas del cuartel cerradas desde el anochecer.

Naturalmente muchos de los defectos imputados a los hijos de Israel: astucia, hipocresía, sordidez,

rencoroso desvío por los otros pueblos y cierta depresión de alma y de carácter, puédense aquilatar calidades propias de todas las raleas vencidas, perseguidas o vejadas. Ninguna casta soporta yugo milenario sin corrupciones morales.

Es difícil imaginar estrechez más ruín que la imperante en la judería: la miseria es apoteosis y la mugre ornato.

A cada paso se tropieza con la hebraica astucia comercial, con el lucro menudo y paciente, con el afán de Sylock por arrancar al cliente la libra de carne sin desperdiciar la última gota de sangre; el ingenio alambicado en la superchería y en la estafa minúscula, la artimaña y añagaza en regatear y petardear, la avidez en las actitudes y en los propósitos. Merodean los desarrapados regatones por las encrucijadas y rinconadas, mientras en las adyacencias y dentro de los muros mismos del antiguo teatro de Marcelo, se revuelve o dormita en sus antros y garitas la población bullente que comercia, regaña, odia y ama. Acá y acullá grupos de hombres harapientos, de niños escuálidos, de viejas semejantes a brujas escapadas del aquelarre platicando o denostándose. Familias enteras hacinadas en los escondrijos y dedicadas a singulares industrias y rudimentarios comercios. Se transforman y se truecan los residuos de residuos sin valor o aplicación previsible: clavos de

múltiples tipos enmohecidos o fragmentados, zapatos roídos por el uso que se transforman o se rehacen o sino se les descompone arrancando sus tacones y suelas y estos detribus una vez aderezados, se aplican a otros destrozados o sencillamente se revenden. Tendejones que expenden llaves de variados tamaños y formas destinadas unas al cerrajero, otras al anticuario fullero y las restantes al ladrón. Agréguese a tales mercancías, trozos de utensilios familiares, andrajos polícromos, muebles desvencijados o roñosos mesones donde se venden o sirven meriendas y desechos de verduras, frutas y todo género de mezquinos mantenimientos.

Y allá en el fondo de tan extravagante cuadro percibo algunos escribas en una plazuela, sentados frente a mesas de carcomido pino, con las gafas a horcajadas en la nariz aguileña, en tarea de redactar documentos o cartas después de escuchar las instrucciones o cuitas de los clientes analfabetos que los rodean.

En tales escenas de mitigadas miserias despuntan los crudos envilecimientos que sufrió secularmente y sin excepción la grey judía, y que tanto han contribuído a exasperar su carácter.

Embargado mis espíritu por tristes reflexiones sigo transitando la pintoresca judería. Por todos los ámbitos merodean gentes medrosas o macilentas que ostentan estigmas hereditarios y profundas

degeneraciones: monstruos raquíticos, cojos, estrábicos, roídos otros por la escrófula o los parásitos. Pienso entonces hasta qué abismo de degradaciones morales y físicas puede descender nuestra especie si cae sobre ella opresión y desprecio milenario.

Fórmanse instables corros de viejas entregadas a sus faenas, con rostros surcados de dolorosas arrugas y aires de harpías que riñen coreadas por chiquillos, en tanto merodeadores codiciosos acechan o truecan a hurtadillas sus baratijas.

Descuella a veces en medio de tan miserable gentío el clásico tipo hebreo de sorprendente semblanza con los potentados que escapados hace algunos siglos de la judería señorean en París, Londres o Berlín sobre la riqueza mundial o en Buenos Aires, miembros de familias de «abolengo» que pululan y gallardean en nuestro «alto» mundo. Fácilmente se les reconoce a todos ellos: frente estrecha, rostro ovalado, ojos rasgados pero pequeños, narices en pico de fino arranque frontal pero que luego se engruesan, labio bajo algo abultado y ligeramente pendiente, que constituyen algunas veces magníficas evocaciones de personajes bíblicos.

En la judería romana es tan espontánea la miseria y con tal fatalismo soportada, tan radioso el sol, tan diverso el dolor al recóndito y triste de los países del Norte que apenas se siente el ánimo inclinado a la conmiseración.

Y en esta pequeña y degenerada Judea del «ghetto» sigue siendo la fuente el corazón del cuartel y de la vida colectiva; hacia el ruín surtidor acuden presurosos niños y mujeres con sus cubos para recoger el agua.

Destácase súbitamente en la turba una esbelta doncella de tez morena y cálida expresión, de ojos con tristezas acumuladas por siglos, de labios que manan miel como los de la Sulamita, de noble apostura y recia pierna, la cual avanza con el cántaro clásicamente posado sobre la gentil cabeza. Así debía encaminarse hacia la cisterna la Samaritana en los tiempos bíblicos...

Roma, 1919.

APÉNDICE

APÉNDICE

Publicado en *La Nación* el artículo « El Coliseo » el doctor Francisco A. Barroetaveña, dirigió al autor la siguiente carta:

Mi estimado amigo: Felicitaciones y gracias por su hermoso « Coliseo » que publica hoy *La Nación* dominguera; no le digo por sus « meditaciones », pues si las hay hermosas y dignas de Volney, no comparto con otras, y protesto contra el acentuado e injustificable pesimismo personal en un hombre público, de letras y de ciencia, que ha rayado a alturas capaces de satisfacer cualquier ambición; y si un retiro voluntario y transitorio lo mantiene en reposo funcional de Gobierno, lanza usted una bella página, como ese « Coliseo », que honraría a cualquier literato de renombre.

Su página es majestuosa y fiel trasunto de aquel poderío sin límites, sin moral y sin humanidad, terrible y crudelísimo, del cesarismo imperial de

Roma. Es una síntesis magistral de aquel despotismo feroz y enloquecido que, después de perpetrar horrores de sangre y de frenesí criminal, ha pretendido inmortalizar su barbarie en monumento indestructible, hermanando lo espantoso con la sabiduría del derecho, en el recuerdo de las edades, hasta las generaciones más lejanas.

¿Por qué un liberal racionalista, positivista, médico, como usted, habla « de lo que tiene de divino el espíritu »... « donde fugazmente imperó el reino de Dios »... « se abrazó el cielo con la tierra »...? En un predicador de templo o sectario como Donoso o Estrada, se explicarían esas implicancias de credos supersticiosos; pero en un laico, en Anatole France, en Lugones, en Ayarragaray, son inadmisibles, sin intolerancia ni fanatismo, por lógica y consecuencia laica y científica.

Tampoco concuerdo con la malaquita cristiana que usted aplica al paganismo, como una tempestad higienizadora de los crímenes y excesos de los Césares; arrasando con todo, con lo bueno y con lo malo; pretendiendo revivir la humanidad y moralizarla con los misterios y supersticiones ridículas de las catacumbas, de los conventos, de la condenación de la vida, de la servidumbre pacifista y clerical, que se ha acoplado al despotismo en todos los tiempos; que cubrió de sombras y de escombros durante la Edad Media, reanudando sus progresos la huma-

nidad desde el « renacimiento pagano », de la « cultura greco-romana », eclipsada durante mil años de dominación espiritual de los Papas; con sus terribles « cruzadas » de sangre, saqueos y exterminio; con la infame « Inquisición », cuyos suplicios, horribles y más perversos que los del « Anfiteatro Flavio », deshonran ante la historia todas las excelencias atribuídas al cristianismo.

En la misma página de su bello artículo, Lugones zamarrea a ese famoso cristianismo socialista alemán y ruso como una calamidad y un azote de los pueblos, sectarismo que también mantiene a retaguardia de los mejores progresos a las Naciones latinas, católicas, de Europa y de América, en plena anarquía, intolerancia, atraso, guerras y revueltas de barbarie; simulaciones de democracias libres y realidades de presiones, fraudes, soldadesca, sensualismos rapaces, brutalidades y arbitrariedades endémicas. Contemple usted a España, parte de Italia, Holanda, Portugal, Méjico, Paraguay y toda la América latina, y dígame si el cristianismo supersticioso y fanático, obscurantista y perseguidor, puede ser « tratamiento » eficaz para las calamidades político-sociales; cuando los países más infiltrados de su fe durante siglos son los más atrasados y refractarios a las garantías del derecho y de la justicia, a los Gobiernos libres y progresistas.

Un párrafo de su artículo traza admirablemente

el símbolo del despotismo romano, con alcance lógico contemporáneo al cataclismo que ha derramado más sangre en el mundo y que más ha sembrado de escombros, de ruinas y de montañas de deudas públicas. Dice usted: « El Coliseo simboliza, pues, el « delirio de la omnipotencia ». Es el « índice dra- « mático del extravío de un pueblo imbuído en el « sentimiento extravagante de su superioridad so- « bre todas las otras razas y Naciones ». « Los monstruos que pasaron en Roma por el poder, sólo se explican aquí, al pie de estos muros ciclópeos y delante de este cadáver petrificado del Imperio ».

Los estragos desatados sobre el mundo por Alemania en la espantosa guerra mundial de dominación, fueron también impulsados por los terribles sofismas del « delirio de la omnipotencia », « del extravío » de un pueblo « imbuído » en el « sentimiento extravagante » de su « superioridad sobre todas las otras razas y Naciones ». Parodiando el final de su « meditación », podríamos decir que esta conflagración de barbarie, como no la sufrió jamás Roma, ni ante los hunos de Atila, sólo se explica ante la enseñanza y la propaganda del terrorismo conquistador, durante medio siglo, en treinta y seis Universidades del Imperio y en la mayor difusión escolar y militarista del mundo.

¿Ha tenido usted esta malicia justiciera al escribir su síntesis brillante?...

Ahora, después de mi aplauso y de algunos reparos, permítame que desautorice sus desencantos y pesimismo personal. Esa luna, alumbrando tan melancólica y bellamente el soberbio Coliseo, pareciera haber perturbado el cerebro del artista cuando ha descripto con maestría el monumento imperecedero de las crueldades imperiales y del pueblo barbarizado. Esas sombras y desencantos son ilusiones artísticas sin razón ni derecho. Un hombre de Gobierno, que ha descollado en el Parlamento, en la diplomacia, en profesión científica, con su pluma elegante y acerada, tan bien conceptuado en la sociedad, feliz en su hogar, con progenie virtuosa, no tiene derecho al desencanto ni al pesimismo. Debe elevarse sobre las miserias de la política contemporánea, afirmar la vida de libertad, de garantías y de virtudes republicanas que han de brillar en la superficie de nuestra patria tan luego se decante el fango removido, sucio y nauseabundo. Tengamos todos esa gran fe y trabajemos « hasta consumar la obra » de cultura, de justicia y democracia decente.

Mientras tanto, vengan otras « Meditaciones » sobre el Foro, sobre el Senado, sobre Cicerón, sobre Marco Aurelio, sin pesimismo.

El doctor Lucas Ayarragaray dirigió al doctor Barroetaveña la respuesta siguiente:

Mi estimado amigo: Conceptuosa su esquela y sobre todo, sincera.

Es usted un adalid henchido de pujanza y optimismo generoso. En su espíritu repercute todo aquello que es justo y fuerte.

Metido en el tráfago de la vida, apenas vislumbra una sombra capaz de empañar sus convicciones que flotan constantemente ante los ojos de su espíritu, ahí no más se desentiende de las servidumbres cotidianas de hombre profesional, para romper lanzas por lo que estima como injusticia o error. Es usted uno de nuestros hombres penetrado de mayor espíritu público.

Pasan sobre su cabeza los años y los afanes y prosigue usted su camino con el mismo penacho de su casi remota juventud.

No pretendo hacer polémica, ni replicaré, punto por punto su carta, pero sin duda que no la dejaré pasar silenciosamente.

Su temperamento dogmático y su intelectualismo vehemente, no le permiten a veces percibir los finos

matices espirituales de las cosas porque nunca siente en sus convicciones filosóficas, la vacilación o la duda.

Siempre me interesó su personalidad y la tengo, por tanto, definida en mi mente.

Monologando algunas veces me he preguntado: ¿Si Barroetaveña en vez de haber pasado por las didácticas disciplinas laicas y las manos de Peyret, hubiera atravesado el ambiente del Salvador y sufrido el influjo del padre Jordán, no habría sido quizás un católico ferviente y un polemista ultramontano como Veuillot, en vez de ser un volteriano? Porque usted es un espiritualista, pues necesita creer, es decir, nutrirse de convicciones absolutas, de verdades consagradas por su inteligencia. Usted no será jamás un escéptico, ni menos un pesimista a manera del autor del Eclesiaste.

Y bien: ¿la verdad absoluta existe? ¿No es el error de hoy, el germen de la verdad de mañana y la afirmación del momento que pasa, no es una negación rotunda un segundo después? ¿Qué sistema filosófico, qué institución, qué forma de creencia, qué concepto de la vida, de la muerte y del destino humano fueron perdurables?

Porque en esencia no hay sobre la verdad general que es una abstracción, sino pareceres humanos.

Nuestra pobre especie no hace sino cambiar constantemente de error. A las afirmaciones absolutas,

a las tesis dogmáticas, es preferible la duda metódica de Descartes, que induce a la tolerancia.

En mi artículo « El Coliseo » campea sin duda la melancolía; las emociones profundas son siempre tristes. Cuando vibran las fibras más íntimas del alma, el ensueño surge de nuestras meditaciones y entonces pálpase la miseria humana en la historia y en la vida y el tono lírico se impone.

El pesimismo y la incurable vanidad de las cosas está en el fondo del pensamiento trascendental y ha sido hasta aquí la última palabra de todas las filosofías. El positivista Spencer llega a fuerza de especulaciones del espíritu, de deducción en deducción hasta las riberas nebulosas allende las cuales se vislumbra la metafísica, para concluir simplemente en lo « incognoscible ». Lo mismo acontece en las ciencias positivas cuando la investigación experimental alcanza ese punto misterioso que el laboratorio no esclarece; entonces se forja la hipótesis, que es un metafisismo científico. Todos esos recursos son manifestaciones de la impotencia, de la inutilidad del esfuerzo, y el corolario de la impotencia es el pesimismo.

Estaba en la lógica de la historia que el cristianismo suplantara al paganismo, agotado a la sazón en su potencia espiritual. El alma de Cicerón ya no era pagana, ni menos la de Séneca y la de Marco Aurelio.

Yo soy un admirador de la cultura pagana, la cual tan grande era que el cristianismo no pudo substraerse a su influjo; el primer renacimiento en época de Carlomagno y el segundo, el clásico, el italiano del siglo XV, ambos se nutrieron de las tradiciones y elementos de la cultura grecolatina. El cristianismo pretendió en sus orígenes, pero no pudo, prescindir de ese patrimonio espiritual milenario.

La Edad Media no fué, doctor Barroetaveña, una pura barbarie; fué una profunda fermentación de fuerzas y de formas nuevas de conciencia y de mentalidad, y las cruzadas a pesar de las devastaciones que produjeron, constituyeron un fenómeno civilizador, porque fecundaron el espíritu humano poniendo en contacto nuevamente el Occidente y el Oriente, que separados se esterilizaban.

Hasta ahora no existió una civilización perdurable; nada hay inmóvil en el mundo espiritual. La creación sigue y seguirá, como seguirá renovándose la historia. Byron dice que no hay religión que dure dos mil años. Todas las épocas tienen sus errores y sus extravíos, sus intolerancias y sus locuras. Hasta ahora que yo sepa, no hubo jamás ninguna organización social que no haya reposado sobre una cierta porción de errores y de imposturas.

El día que el hombre espiritualice sus instintos y depure su mente, una amplia tolerancia, mezcla-

da de misericordia se extenderá como un bálsamo sobre el mundo. El espíritu filosófico matará la intransigencia, forma elemental de presunción.

¿Y la inquisición? Cada siglo tiene su forma de fanatismo y de crueldad. Sin esas violencias quizás no habríamos tenido la Reforma, que obligó por contragolpe a reformarse al catolicismo romano. Todo es coherente en la historia.

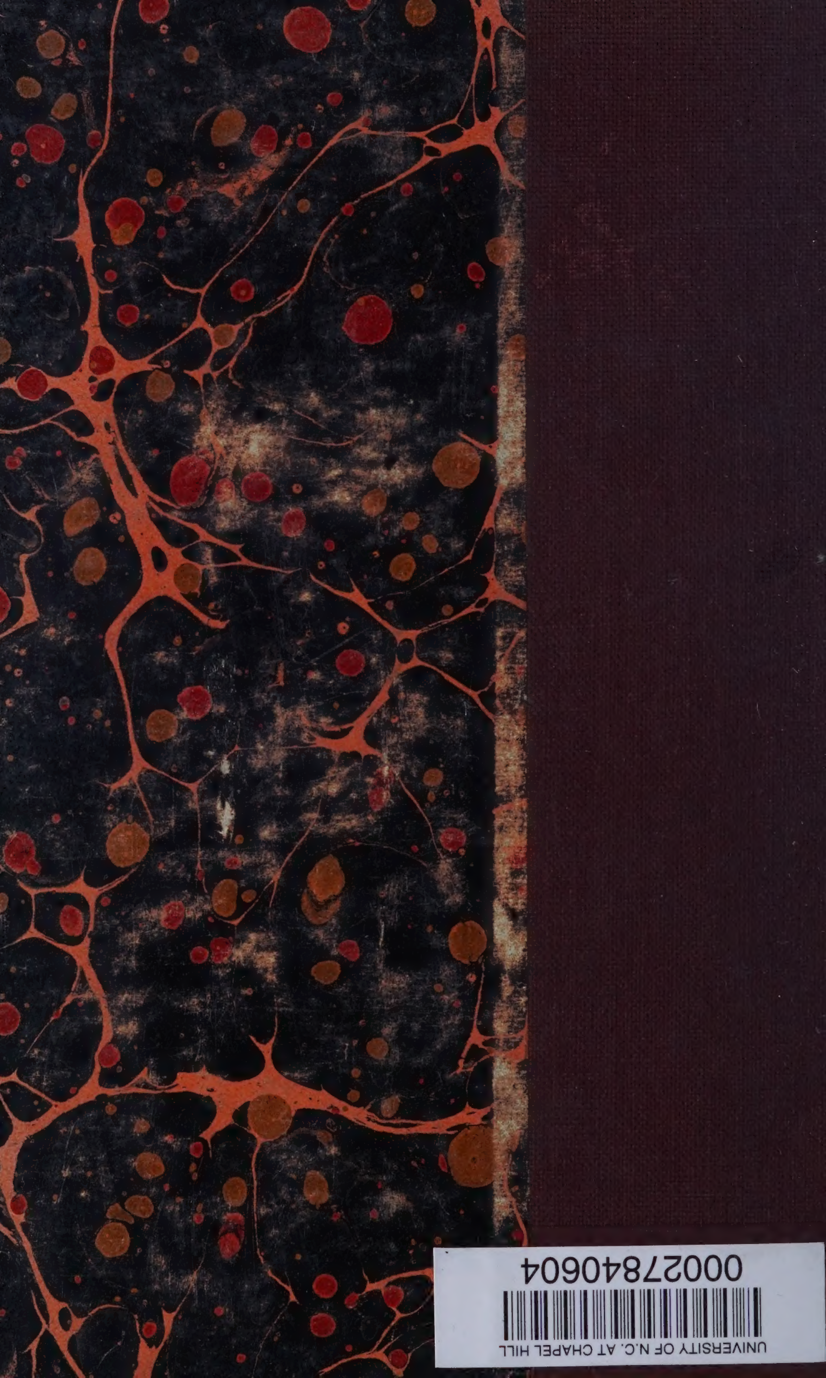
Sus elogios los aprecio íntimamente, doctor Barroetaveña, por proceder ellos de un noble espíritu tan probo, de una inteligencia tan vigorosa y de un corazón tan sincero.

ÍNDICE

APÉNDICE






00027840604
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL